

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA  
FIKA 2012-2013





Sergio Bilbao Sanz – Dianela de Castro Gómez – Nilda Diarte  
Aguilera – Maribel García Rodríguez – Begoña Gómez Saiz –  
Arantza Jorge Quintana – Ana Lorente Mestre – Mercedes  
Menéndez Aguirre – Txema Olleta Ormaetxebarria – Valentxu  
Torrientes Arauzo - Charo Vázquez Alonso – M<sup>a</sup> Ángeles  
Villanueva Moreno

# **O viernes, o no viernes**

**Taller de Escritura Creativa Fika 2012-2013**

**Ediciones Manantay  
Serie Escribe Si Te Atreves**

Título original: O viernes, o no viernes - Taller de Escritura Creativa Fika 2012/2013

Selección de textos surgidos de las propuestas de trabajo realizadas en el Taller de Escritura Creativa, organizado por Mujeres del Mundo – Munduko Emakumeak durante el curso 2012/2013 en los locales de la calle Fika de Bilbao

Primera edición, junio de 2013

© de los textos, las autoras

© de la composición de portada, Txema Olleta Ormaetxebarria

© del prólogo, Begoña Ibáñez Avendaño y Marisa Arza Murga

© de la edición, Asociación Cultural Manantay

Diseño portada, maquetación y corrección de textos: Begoña Ibáñez Avendaño y Marisa Arza Murga

Depósito Legal: BI-755/2013

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático por medios electrónicos, mecánicos, por fotocopias, por registro o por otros medios, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Uno escribe a base de ser minero de sí mismo.

José Luís Sampedro



## PRÓLOGO

Ellos habían llegado como todos nosotros. Algunos en metro, otros en tren, alguno andando, en coche o en autobús, como todos nosotros. Como todos nosotros de la Plaza Unamuno habían girado hacia Iturribide y después, a golpe de talón, habían recorrido la extenuante curva que los llevaba a la Sala de los Espejos. Sí, como todos nosotros, cuando llegaban, estaban un poco cansados.

Al principio no dijeron nada, se mantenían recostados en los asientos, algunos de ellos daban paseos expectantes y se sentaban de pronto en las escaleras que daban al patio de vecinos. Esperando, siempre esperando. Así fueron pasando los viernes, las semanas de los viernes. Siempre el mismo camino, siempre el mismo ritual, siempre la misma espera. Oían lejanas las palabras, divertidas o perversas, de los escritores sentados frente a ellos. Y seguían esperando, ellos... Cuando cerraban sus cuadernos o doblaban sus hojas, los miraban con resignación. Entonces una palabra casi moría todavía en sus labios, una consigna que uniría sus vidas para siempre: "O viernes, o no viernes".

Aquel viernes llegaron a la Sala de los Espejos antes de que ellos, los escritores, llegaran, silabeando con premura la consigna "o viernes, o no viernes, o viernes, o viernes, o no viernes...". El tiempo, como siempre, corría despacio, muy despacio. Primero llegó él, un joven con una sintomatología claramente de limerencia que emitía un uh-humm entrecortado y sudoroso, y junto a él se sentó un hombre oculto bajo una capucha, un miembro de Los vientos del Norte, según se supo después; más tarde apareció una maestra Zen que estuvo a punto de sacar su petaca con el güisquito, y con ella la mujer con mirada de fuego que pronto, ella lo sabía, sería asesinada; Amílcar llegó como siempre observando, con su cámara fotográfica escondida en la mochila, y a su lado alguien que sigilosamente clavó en un corcho un anuncio sobre un certamen de cometas en no se sabe qué sitio; un poquito más tarde y con mucha prisa apareció una mujer comiendo su rebanada de pan con vino y azúcar y se sentó en una de las sillas del Salón de Espejos, a su lado, y también corriendo, se oyeron las voces dispares de Maritxu, Mari, Toñín, Maribel, Isabel, Bego y del Pintxe Tirano, que no habían querido renunciar a la consigna de "O viernes, o no viernes"; una poeta rebelde se sentó tranquila y rompió su estilográfica declarando que los sonetos no tenían catorce versos y poniendo sobre la mesa un reloj que marcaba tres horas; un pequeño dragón

alado revoloteaba en el cuello de una mujer que se aproximó a otra que acababa de dar un portazo al entrar en la sala; Juan o James llegaba tarde, como siempre, pero todos sabían que estaba enamorado mientras Celia y Tako, el muchacho de las rastas azules, cuchicheaban encantados de haberse encontrado por fin al lado de las escaleras; un poquito más tarde apareció Adela con un juguete roto, detrás de ella llegó otra mujer que había urdido ya un plan que la haría libre. Al filo de las 16:30 apareció temeroso un niño de color ocre, su tren había llegado a Atxuri con retraso, según comentó nada más llegar, y junto con él llegaron dos hombres, extraños como las agujas de un reloj; una delicada gota de rocío tomó asiento junto a la ventana mientras un chulito ponía un jaque mate de trufas blancas y negras en el medio de la mesa. Al grito de ¡O VIERNES, O NO VIERNES!, pasaron revista y, sí, comprobaron que todavía faltaban algunos... Sonó dos, tres veces el timbre y por fin aparecieron en la sala un hombre verde, que mascullaba una historia celeste y, a su lado, mientras llovía, entró la mujer de la fresa; finalmente llegó Aurora anunciando que el lunes siguiente se iba a casar y a su lado, con humor de mazacote, llegó el padre de Andresito, que había sacado un insuficiente en psicomotricidad aplicada. Estaban todos. En el silencio del viernes las alas de sus miradas se reconocieron. ¡Cuánto tiempo llevaban esperando allí!... Cuánto tiempo... “¡O viernes, o no viernes!”, gritaron al unísono.

Mientras tanto, al filo de las 17:50, sus autores estaban llegando. Algunos en metro, otros en tren, alguno andando, en coche o en autobús. Esperarían a que girasen por la Plaza Unamuno hacia Iturribide y que después, a golpe de talón, subieran la extenuante curva que los llevaría a la Sala de los Espejos. Sí, como todos nosotros, cuando llegaban, estaban un poco cansados...

Los personajes esperaban silenciosos en busca de su autor... Esta vez no se conformarían con escucharlos. Se sentarían a su lado, golpearían sus bolígrafos, les pellizcarían cuando no se dieran cuenta, quitarían la calefacción, correrían las cortinas, llamarían incesantemente al timbre cuando les tocara leer. Sí. “O viernes, o no viernes”. Este era el día elegido, esta era la hora...

Y esta ha sido la hermosa gestación de este libro, O VIERNES, O NO VIERNES. Un libro compuesto a golpe de personajes que necesitaban un nombre, un adjetivo o un verbo que les llevara a la acción, al precipicio, muchas veces de ellos mismos. En estos relatos, que el lector tiene entre sus manos, encontraremos el destino de unos personajes cuyos autores han sabido



re-crear a través de la felicidad, la angustia, la gula, el coraje o la ironía; seres que ya han cobrado su libertad a golpe de espera, a golpe de introversión, a golpe de vida; creaciones inyectadas en carne y sangre, espejos y reflejos de nosotros mismos. En O VIERNES, O NO VIERNES, doce autores desde la complicidad y el compromiso con su creatividad han puesto lo mejor de sí mismos, lo mejor desde sus “precipicios”. La confianza, la sensibilidad, la apertura, la experimentación de sus voces ha hecho el resto.

Cuentan que, aquella tarde de ¡O VIERNES, O NO VIERNES!, al terminar el taller, cada uno de ellos salió acompañado. Sergio cogió de la mano al joven de la limerencia y consoló al hombre de la capucha; Diana compartió en la Plaza Unamuno el güisquito con la maestra Zen y dio una prórroga a la mujer con mirada de fuego; Nilda le cedió su cámara fotográfica a Amílcar y prometió lanzar también su cometa a los cielos de Laredo; Maribel invitó a una rebanada de pan con vino y azúcar al Pintxe Tirano y escuchó serena y con una sonrisa cómplice las voces de Maritxu, Mari, Toñín, Maribel, Isabel, Bego; Begoña cobijó bajo su paraguas de arcoíris a la poeta y marcharon dispuestas a hacer haikús a aquella flor que nacía en las calzadas de Mallona; Arantza dejó volar por Iturribide al pequeño dragón alado y pegó un portazo al salir de la sala, libre ya como su personaje; Ana agarró de un brazo a Juan o James y del otro al muchacho de las rastas azules y salieron corriendo hacia la Plaza Nueva; Mercedes le regaló a Adela otro juguete y ella y la mujer que había urdido un plan para ser libre mimaron y protegieron por siempre a la niña; Txema, haciendo reír a los dos hombres extraños como las agujas de un reloj, abrazó al niño de color ocre y juntos bajaron a la estación de Atxuri; Charo encontró una flor en el jardín de Mujeres del Mundo y en ella depositó mimosamente la gota de rocío y convenció al chulito para que juntos exploraran el mundo también salado del Casco Viejo; Valentxu bailó y bailó con el hombre verde, y consiguió que la mujer de la fresa abriera sus alas y volara lejos, muy lejos... quizá a París; y M<sup>a</sup> Ángeles ideó una asociación de mujeres en la que Aurora sería la presidenta y le preparó a Andresito un chocolate caliente con aroma y sabor de Chobil...

Cuentan... y cuentan... pero eso ya es otra historia... Eso ya es otro libro.

Begoña Ibáñez y Marisa Arza



## VIENTOS DEL NORTE

Sergio Bilbao Sanz

Era el día antes de mi decimoquinto cumpleaños. En cuanto se pusiera el sol mi vida cambiaría. Sabía que mi padre me llevaría al rito de iniciación para convertirme en un soldado como él. Llevaba tiempo entrenándome con la espada. Eso era lo que él quería, pero no lo que quería yo. Siempre me comparaba con el hijo de Ptolomeo, su mejor amigo y compañero de batalla, pero yo no tenía nada que ver con él. Él era alto, fuerte, robusto, de piernas gruesas y tronco corpulento. Yo, en cambio, era delgado, más bajo que él y mucho más débil. La única ventaja que tenía es que le ganaba en agilidad y velocidad, por lo que, en caso de tener que luchar con él, mi mejor opción siempre sería la huida.

Aquel día por la tarde me fui al mercado ensimismado en mis pensamientos, lamentándome de lo terrible que sería mi vida a partir del día siguiente. Me paseé entre los puestos y me mezclé entre la gente. Solo podía pensar en una cosa. Intenté distraerme examinando los exóticos objetos que solía vender el mercader Hiparco, quien solía hacer largos viajes al otro lado del mar. Mi desesperación era tal que ni siquiera aquellas maravillas traídas de ultramar, que tanto solían fascinarme, me interesaban lo más mínimo. Entonces apareció él. Lo vi pasar entre la multitud. Marchaba velozmente esquivando grácilmente a la gente. Parecía deslizarse más que caminar. Era uno de los miembros de la orden de Los Vientos del Norte. Me apresuré a seguirlo de inmediato. Salió del mercado y se adentró entre las calles de la ciudad.

Los Vientos del Norte eran muy raros de ver, sobre todo de día. Lo reconocí por los hábitos que llevaba y por la forma de moverse. Nunca había visto nada igual, pero supe que tenía que ser uno de ellos. Había oído a mi padre hablar de ellos en varias ocasiones. La gente los temía, normalmente ver uno no era un signo de buen agüero. Se decía que conocían los secretos de la mente y dominaban las artes mágicas. Mi padre decía que uno solo de ellos podía cambiar el curso de una batalla, y no quería ni verlos en combate.

Casi lo perdí de vista, se había metido por un callejón. Me adentré en él y vi como doblaba una esquina a varias yardas de mí. Me eché a la carrera para poder alcanzarlo, pero al llegar al final de la calle había desaparecido. Ni rastro de él. Busqué a derecha e izquierda. No tuve éxito. El mundo volvió a ser aburrido y lleno de problemas. Me dirigí de nuevo lentamente hacia el

mercado. Caminaba arrastrando los pies casi sin ganas volviendo lentamente sobre mis pasos. Cuando estaba a punto de llegar al final de la calle por la que me había metido, algo me golpeó y me tiró al suelo. Me levanté al instante. Allí estaba él frente a mí. Sus inmensos ojos azules se clavaron en los míos. Parecía que tenían luz propia y que brillaban entre las sombras que la caperuza de su capa dejaba en su rostro.

-¿Por qué me estás siguiendo? -preguntó mientras se abalanzaba sobre mí. Me agarró por el cuello y me sujetó contra la pared.

-Lo siento, señor -dije casi sin poder hablar-, le he visto y tenía curiosidad.

Sus dedos me hacían daño en la garganta. Le retorcí el meñique y con agilidad conseguí zafarme de su atrape. Rápidamente me situé detrás de él, a su espalda. Él se dio la vuelta y de nuevo sus ojos se clavaron en los míos. Un frío helador me recorrió el cuerpo y me quedé petrificado sin poder moverme. En aquel momento pensé en lo interesante que sería llegar a ser uno de ellos, en vez de acabar siendo un vulgar guerrero como mi padre. Y, como si pudiera leer mis pensamientos, me dijo:

-¿Acaso quieres ser uno de los nuestros?

-Sí -respondí.

En aquel momento me di cuenta de que no estábamos hablando. Yo no había pronunciado un sí, y él ni siquiera había abierto los labios para decir nada. Nos estábamos comunicando mentalmente. El desconocido me habló de su orden y de los secretos que ellos conocían. Así aprendí cosas que pondrían los pelos de punta a cualquiera, pero no a mí. En aquel momento tuve claro que quería ser uno de ellos. Para poder ingresar en la orden aquel hombre me pidió que me desprendiera de toda mi familia. Me ofreció tres cosas: un veneno, una daga y una especie de amuleto mágico en forma de pulsera. Me dijo que si antes de que pasara un día había conseguido usar los tres, habría pasado la iniciación.

Aquella noche, cuando volví a casa, vertí el veneno sobre la comida. Sin embargo, cuando vi que mi madre, mi padre y mi hermano pequeño iban a comer, me arrepentí y entre lágrimas les confesé lo que había hecho. También le dije a mi padre que no quería ir aquella noche con él a realizar el rito que me convertiría en un soldado. Lleno de furia se levantó y me arrojó la comida a la cara. Después me golpeó varias veces, mientras me gritaba: "¡Defiéndete cobarde, defiéndete como un hombre!". Finalmente cogió la espada y me dijo que si no podía tener el hijo guerrero que él quería, no tendría ninguno.

Intenté escapar, pero mi hermano, un año menor aunque más alto y más fuerte que yo, me agarró para que no huyera. Mi padre lleno de ira atacó con la espada. En ese momento, con un giro de muñeca, conseguí desprenderme del brazo de mi hermano y agacharme justo a tiempo. La hoja de metal atravesó el pecho de su hijo menor, su único hijo en ese momento. Yo ya no formaba parte de aquella familia. Una expresión de horror se dibujó en el rostro de mi progenitor. Aproveché el momento para coger la daga y clavársela en el cuello. Fue un gesto limpio, rápido y certero. No hizo falta más.

Después perdí el conocimiento. Un golpe de agua fría en la cara me despertó. Estaba atado a una palmera. Por lo visto mi madre me había golpeado con una estaca y había llamado a los amigos de mi padre. Me habían amarrado y ahora estaban esperando a que despertara para lapidarme o quemarme. Llevaban antorchas en las manos. Comenzaron a lanzarme piedras. Uno me abofeteó la cara. Levanté la mirada y vi a mi madre al fondo. Llevaba una mueca de asco en el rostro. Se acercó corriendo a mí y me escupió en la cara. Después cogió un cubo y vertió su contenido sobre mi cabeza y mi cuerpo. Era brea. Alguien le pasó una antorcha. Intenté soltarme de las cuerdas que me ataban, pero estaba demasiado cansado y magullado. No tenía fuerzas. Mi madre acercó la antorcha lentamente hacia mis piernas, como regodeándose del miedo que me estaba causando. En aquel momento sentí un calor alrededor de mi muñeca. Era el amuleto. Me estaba quemando, tanto como aquel fuego me iba a quemar en breves instantes.

La visión de los ojos azules de aquel extraño vino a mi mente. Sentí nuevas fuerzas que latían dentro de mí. Miré a la antorcha a punto de prender la brea de mis piernas, y sucedió. En aquel momento no podía creerlo, pero sucedió. La llama de la antorcha se extendió por el mango hasta el brazo de mi madre y ascendió hasta su cabeza quemando todo aquello que encontraba en su camino. Entre gritos de dolor salió corriendo. Varios hombres acudieron en su ayuda y aquello me sirvió de distracción para lograr escapar.

Dicen que la iniciación es como una pequeña muerte. Para mí fue así. Morir a mi apacible vida familiar y despertar a otra persona sin remordimiento alguno. Aquella noche se me heló el corazón y murieron mis sentimientos. Y hoy es el día en que me pregunto si alguna vez seré capaz de sentir.

## CÓMO SER INTRÉPIDO EN NOCHEBUENA

Dianela De Castro Gómez

Paz de la Serena clavó los ojos en la puerta de su despacho como si así fuera a conseguir que apareciera algún alumno. Años atrás su Centro de Sanación del Alma había funcionado viento en popa, pero en tiempos de crisis la gente parecía preferir invertir su dinero en comprar lentejas antes que en iluminarse. La Maestra Zen estaba a punto de servirse un güisquito para pasar el rato, cuando de pronto la puerta se abrió y su secretario le anunció que había llegado un hombre interesado en sus enseñanzas.

-Gracias, Octavio. Hágale pasar.

Enseguida hizo su aparición un joven de treinta y tantos años, bien parecido y mejor vestido. Avanzó con pasitos cortos pero rápidos y se sentó frente a Paz con ademanes femeninos. Apoyó sus cosas en la silla de al lado, cruzó las piernas, resopló sobre su flequillo color caoba y miró a la maestra con coquetería. Esperó unos segundos, y como la mujer no daba señales de ir a presentarse, él mismo comenzó a hablar. Su voz era aguda y cantarina, y hablaba tan rápido que costaba seguirle el hilo:

-Buenas tardes, maestra de la Serena. Me llamo Antonio Baras, pero puede usted llamarme Toni. He acudido a usted por recomendación de un amigo. Me dijo que le salvó usted la vida. Yo lo he probado todo y nada ha conseguido sacarme de este pozo de desesperación...Psicólogos, psiquiatras y psicoanalistas, acupuntura y constelaciones familiares, lectura de energías, eneagrama y flores de Bach... ¿Será tal vez, maestra, que el mío es un caso sin remedio?

-Sea usted bienvenido a mi humilde escuela, Toni -respondió Paz con parsimonia-. Cuénteme, por favor para qué se hace usted tanto daño a sí mismo.

-Le contaré todo –repuso Antonio Baras sin haber entendido la pregunta, pero sin que le importara, ya que en cualquier caso su respuesta hubiera sido la misma-. Todo empezó con “Cómo ser intrépido en Nochebuena”. Hasta entonces mi vida había sido bastante normal, sin demasiados sobresaltos, ni para bien ni para mal... Pero la publicación de “Cómo ser intrépido en Nochebuena” me aportó el éxito que llevaba toda la vida esperando, y eso que lo llevé a la editorial por casualidad... Lo escribí medio de cachondeo, por divertirme, por ironizar un poco sobre los conflictos familiares... Pues resultó que mi amiga Betty me dijo que intentara venderlo, que era muy comercial, y

eso hice. Y al de pocos meses me convertí en un hombre con dinero, me invitaban a programas de televisión, la gente empezó a reconocermé por la calle... Y, por supuesto, empecé a ligar más que nunca. Sin embargo, cuando conocí a Lolo todos los demás hombres del mundo dejaron de existir para mí. Y nuestra historia fue maravillosa al principio. Quién me iba a decir a mí que él solo me quería por mi fama y mi dinero... En cuanto pasé de moda y la gente dejó de interesarse por mí, Lolo me dejó tirado como una colilla. Qué frívolo, por Dios. Y desde entonces estoy desesperado, deprimido, acabado. Durante aquellos meses viví por y para Lolo, y cuando él se fue no me quedó nada...

La maestra Paz observaba al joven con curiosidad. En cierto momento decidió intervenir. Le diría lo primero que se le ocurriera. Aquel tipo era capaz de tirarse toda la tarde hablando sin parar.

-¿Qué hace usted si quiere tomarse una taza de té, se acerca al armario y se da cuenta de que no hay té porque se le ha olvidado comprarlo? -le dijo.

-No lo sé... ¿Bajar a comprar? ¿Cortarme las venas en la bañera? No sé si me está usted escuchando, señora maestra. Aquel cabrón me abandonó y me destrozó la vida. Y sí... ya sé que no hay que depender emocionalmente de nadie. Ya sé que para estar en pareja primero hay que saber estar solo... Lo sé todo. He leído todos los libros de auto-ayuda para problemas amorosos del mercado. De hecho he escrito uno. Si algún día se me pasa este bajón puede que incluso me anime a publicarlo. La teoría no sirve de nada, créame, señora Zen. ¿Cree usted que hay algo que pueda hacer para acabar con este tormento?

-Tal vez...-respondió Paz con su habitual tranquilidad- ¿Por qué no prueba usted a hacer algo por nada?

El joven la miró incrédulo e hizo una mueca.

-Lo siento mucho, señora. Creí que usted podría ayudarme... Pero veo que me equivocaba. Le pagaré la sesión a su secretario. Buenas tardes y muchas gracias.

Antonio Baras se puso su cazadora y salió del despacho con la barbilla alta y contoneando su trasero. Paz se dio cuenta de que sobre la silla se había dejado un portafolio, pero no quiso salir detrás para avisarle. Qué no fuera con tantas prisas por la vida. Se levantó con mesura y lo cogió. Con gran curiosidad se dispuso a examinar su contenido.

Para cuando llegó a su apartamento, Antonio ya tenía ideado el plan. "Que haga algo por nada...", se había dicho a sí mismo, "Antonio Baras no

hace las cosas por hacer. Y hoy va a hacer algo a lo grande. Al menos esa gurú de pacotilla me ha dado una idea con su chorrada esa del té. Haré lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo por salvar mi gran historia de amor...”.

Nada más entrar en casa, sin quitarse siquiera la chaqueta, juntó todos los rohypnoles y los rivotriles que tenía en casa y sacó una botella de vodka del minibar. No se olvidó de mandarle un wasap a Lolo antes de tomarse su cocktail. Intentó ser lo más dramático posible... que era mucho. El móvil de Lolo pitó dentro del bolsillo de su abrigo, sobre la barra del After Hour. Allí se lo había dejado cuando salió besándose apasionadamente con su nuevo novio, camino de su apartamento.

Meses después, Paz paseaba por la calle Corrientes bajo su paraguas de flores. Había salido a mirar los escaparates de las librerías. Y a celebrar a su modo ZEN que los tiempos de bonanza habían vuelto. Se detuvo frente al escaparate de “El galeón de plata” y volvió a deleitarse al ver el libro allí expuesto, el maravilloso best-seller traducido a quince idiomas: “Cómo ser un amante sin amado”, por Paz de la Serena.

## SUSPIROS DE BUENA NOCHE

Nilda Diarte Aguilera

Amílcar está a punto de cruzar la calle cuando ve en la acera de enfrente a la pareja. Imposible esconderse. Le toma un minuto recomponerse, reírse de sí mismo, impresionarse. Eran ellos los que tendrían que ocultarse. Sin embargo, esquiva como puede el haz de luz para observarlos con detenimiento sin llamar su atención, sin cámara, otra vez, y no caería en la indignidad de coger el móvil para robar la imagen. “Mala suerte”, piensa aunque a esa expresión no le acompaña ninguna emoción. Aquello ya había acabado, le habría gustado tener una prueba, un recuerdo para sí mismo, lo incluiría en su archivo de casos terminados. Había pasado un año o dos, no, no hacía tanto tiempo, no cobró su trabajo. García lo mira y no lo puede creer. “¿Qué te pasa boludo? Yo no me lo creo... ¿el marido es un violento?... ¿Por qué la estás salvando?...”. De todas maneras ya no podía vender esas imágenes a nadie. Mala suerte... ¿para quién? Para él no, le iba muy bien ahora haciendo publicidad para la reserva ecológica de animales. “Los animalitos ya no venden”, le había dicho su padre, fotógrafo profesional también. Odiaba los



cumpleaños, las bodas, las fiestas, y a cuenta de eso privó a la madre y a él de disfrutar de alguna mientras él mandaba. Ignoraba todo de su padre: cómo fue su infancia, travesuras de juventud, qué o quiénes lo habían convertido en una persona avinagrada, ¿o se nace y se crece así? Le decía: “Lo que vende ahora son imágenes de guerra, tortura, mutilación, hambre... cualquier imagen de violencia en la que nos muestre y nos delate como seres despreciables que somos, cuanta más sangre se vea, mejor, escuchá bien lo que te digo, yo te voy a contar lo que sucede ante esas fotos: en los noticieros de la tele advertirán que las imágenes herirán la sensibilidad de la gente, en la radio los tertulianos dirán: “¡Pero qué poca vergüenza!”; también estarán los políticos, como no, todos unos oportunistas dirán algo así como que hay que acabar con esto y con aquello...y que si los votamos se ocuparán de eso, de todas las injusticias del mundo...”

Amílcar hunde las manos en los bolsillos delanteros de su vaquero y continúa su camino, sonríe. A causa de ese discurso sarcástico acerca de la sociedad recuerda o imagina cómo hubiera sido la escena: su madre dejaría la cocina a todo correr, secándose las manos, “¿cómo le decís eso al chico?! Dejalo tranquilo, tiene que creer en algo, ¿no?... ya se va a desilusionar él solito, ¡pero no se puede salir a la calle sospechando de todo el mundo!”. Y el silencio de su padre, claro. Hacían una extraña pareja, si eso no era amor, será que no existe, porque esos dos, tan distintos, solo podían estar juntos por amor. Ojalá pudiera contarle al viejo que se ganaba la vida sacando fotos a los animalitos y se vendían muy bien, pero él ya no retenía ninguna de las conversaciones que tenían, desde hacía meses repetían las mismas palabras, las mismas preguntas, las mismas respuestas, de todas maneras el próximo domingo cambiaría el guión sin importar lo que le preguntara, él le contaría cuáles eran sus objetivos, a qué le apuntaba con la cámara últimamente.

La pareja continúa un rato más en su cabeza... ¿Mala suerte para el marido? ¿Se habrían separado?... Se los veía radiantes, sí, seguro que ella se había separado, ya no disimulaban. Se vuelve para mirar atrás, la mano de él en el culo de ella, eso no es disimular, no señor. Decide ir andando a su piso. Mañana será un buen día, seguro. Entonces vuelve a pensar en el viejo, se siente estúpido y un poco avergonzado, ¿a quién le importa tener razón a estas alturas? El domingo dirían lo de siempre. Si hasta era divertido, las chicas de la residencia se quedaban cerca para oírlos, ellas y él mismo pendiente de si se equivocaba alguna vez, y en todos estos meses no se salía del guión ni con una tos, ni una vez, lo mismo, lo mismo. No lo hacía solo por

la vieja, como la llamaba, ahora que era vulnerable se dejaba querer. La vieja lo decía cada vez que se trenzaban en una discusión: “Son iguales ustedes dos, ¿eh?”. Suspira y se aclara la garganta.

## SETI

Maribel García Rodríguez

Seguro que estaría yo comiendo mi rebanada de pan con vino y azúcar sentada en el banco de piedra de la casa de la abuela. Quizá por el año 1967 y, con mucha probabilidad, fue en aquel momento cuando en la NASA captaron aquel mensaje en el departamento denominado SETI (Búsqueda de Inteligencia Extraterrestre) que dieron en llamarla WOW!!!, y que significó algo bien parecido a aquel otro famoso EUREKA...Y mientras todo aquello ocurría en el mundo qué importaba yo comiera, degustara y digiriera mi merienda preferida en mi microcosmos que no trascendía.

Aquella señal WOW, señal inteligente detectada por ondas de radio, sirvió, y yo sin saberlo, para que ocuparan distintos puestos en la batalla de tener razón los creacionistas y los evolucionistas dando una mayor cabida a los nuevos partidarios del DISEÑO INTELIGENTE. ¿Diseño y diseño? Esta incógnita la dejo pues no sé ni cómo plantearla... Puedo decir que yo no he vuelto a merendar aquellas rebanadas de vino con azúcar... ¿Por qué?... ¿Destino y diseño? Pues puede que una vez que llegas a Bilbao para quedarte y vivir ya no corresponde hacer lo que hacías en tu pueblo de Castilla.

En Castilla los cumpleaños de los pequeños se celebraban con vino dulce y galletas bien de madrugada...Y señalo y anuncio que mañana, seis de abril, es mi cumpleaños...y creo que aún soy pequeña... pero como vivo en Bilbao...¿me atreveré a celebrar mis 54 años con ese lingotazo de vino con galletas que tanto recuerdo? Estoy pensando en la reacción de mis células a la ingesta de azúcares y taninos, y mi colesterol bailando y esquivando a dichos componentes...Y pensando y pensando todos esos términos me dirigen a la alarma que recibí el día 13 de marzo en el móvil... SETI..., “seti biológico”. Se trataba de un artículo publicado en la prestigiosa revista de ciencia planetaria *Icarus* titulado “The Wow signal of the terrestrial genetic code”. Está firmado por un también prestigioso matemático y un astrobiólogo, ambos residentes

en Kazajstán, que exponen su conclusión o hallazgo de que respondemos, nuestra genética responde, a un DISEÑO INTELIGENTE pues en ella subyace o está incorporado un mensaje inteligente (mensaje matemático y semántico no producido por causa natural).

Je, je... y mientras leo el artículo imagino la interacción en mi cuerpo de esos ricos taninos vinícolas. He decidido que celebraré mi cumpleaños como en Castilla. Lo haré, sí. Me daré ese lingotazo etílico, aunque sea en Bilbao. Y... ¿afectarán esos metilos a mi inteligente código genético?... Sí... ¿a mi inteligente expresión matemática- semántica que forman mis genes?... ¿A ese inusitado y genuino conjunto inteligente de patrones aritméticos e ideográficos de lenguaje simbólico que es mi código genético? ¡¡¡MI INTELIGENTE CÓDIGO GENÉTICO!!!! Ah, y estoy segura de que esa ingesta molestará a mi acomodado colesterol, al instalado y acomodado elemento tan abundante en mi basura genética.

Y hablando de basura... Vuelvo a recordar a esos históricos creacionistas y a sus contrarios y anticuados evolucionistas. Y también imagino a estos nuevos y refrescantes partidarios del DISEÑO INTELIGENTE, y me remonto otra vez a esa bonita imagen de mi corta figura sentada en el banco de piedra de la casa de mi abuela saboreando la jugosa rebanada de pan con vino y azúcar. ¿DESTINO O DESIGNIO?

## LOS SONETOS NUNCA TUVIERON CATORCE SÍLABAS

Begoña Gómez Saiz

### Primer cuarteto

Desde siempre me han gustado las lenguas muertas, mientras mis compañeros estudiaban inglés y francés yo me volvía loco con “La Guerra de las Galias” y el griego clásico. Esta pasión lingüística me ha traído al Arzobispado de Sevilla, donde mi latín coloquial y fluido es muy apreciado en la traducción simultánea de misas y discursos. Para complementar el horario, doy clase de latín para principiantes a los cuatro seminaristas que tiene la Junta de Andalucía: un cordobés y tres colombianos de Ciénaga que juran apellidarse los tres, Buendía.

En una semana aligeramos las formas y nos planteamos una misma pregunta: “¿Qué hacemos aquí?”, y los cinco contestamos a una: “Buscarnos la

vida". Una vez aclarado esto de las declinaciones pasamos al cinquillo y a contarnos anécdotas en un ambiente de franca camaradería. Pero esto se acaba... Ayer escuché en los baños de La Divina Pastora que Francisco I viene dispuesto a cuadrar las cuentas y que van a empezar los recortes por las lenguas no ibéricas. Mira que para una vez que dimite un Papa nos tiene que tocar a nosotros...

### **Segundo cuarteto**

"Un chiste oportuno alivia la tragedia" es el slogan de nuestro profesor de Escritura Creativa. Nos plantea propuestas ridículas en las que tenemos que introducir gracietas malabares para cuadrar finales felices. Nuestros textos encajan bromas míseras, emociones heladas, sonrisas hambrientas... Y también trabajamos estilos que hemos denominado interraciales: versificar relatos, resumir pareados en una línea, alterar el orden de los haikus en siete-cinco-siete, y despropósitos diversos. Para aprobar la asignatura tenemos que cocinar estilos y autores en mayonesas cortadas.

Es un personaje sin empadronar, difícil de visualizar en su casa: ¿en qué casa?... ¿de qué calle?... ¿con qué amigos?... Como si no tuviera contexto, y si alguno tuviera sería antiguo y estridente, algo así como mezclar la generación del 27 con la Persia de antes de Cristo; o sea, La batalla de Las Termópilas narrada por Dámaso Alonso en verso. Pero no siempre nuestro humor es el adecuado para sus tonterías, no somos tan imbéciles como para ser eternamente felices.

### **Primer terceto**

A mi padre se le ha acabado el paro hace seis meses y la empresa de mamá cerró la semana pasada. Ni un duro hasta que no acabe el juicio de las trabajadoras, y si el dueño no se declara insolvente, no van a ver ni un duro. Hoy nos toca trabajar el refranero, mi título: "No hay mal que por bien no venga"

### **Terceto final**

En el camino a casa un hombre de unos sesenta años viene de frente, lleva un traje de buen corte un poco sucio, y por la pierna izquierda –desde la ingle– corre una humedad sospechosa hasta el tobillo. Nos cruzamos pero no le veo los ojos; el cuello encogido, la mirada baja... Se para en los contenedores e introduce medio cuerpo dentro, pocos vecinos han bajado aún la basura y,

como no me ve, lo observo: los zapatos de piel, los puños negros de la camisa blanca, la próstata humillante, las manos delicadas tomando un paraguas roto. Y, ya fuera, su mirada de izquierda a derecha, el miedo a ser reconocido... y mi respeto. Me acuerdo del refrán de mi relato, “No hay mal que por bien no venga”, y recuerdo otro: “No hay mal que cien años dure”... Y corro a casa sujetando un llanto en la garganta, porque, señor profesor, alguien tenía que decírselo: los sonetos nunca tuvieron catorce sílabas.

## EL PORTAZO

Arantza Jorga Quintana

Una explosión de fuegos de azúcar, eso fue lo que sentí literalmente cuando me enteré de que por fin te habían detenido tras años sin saber de ti, y que pasarías como suele decirse varios años a la sombra. Sí, sí, quizá fuese una rencorosa...qué sé yo. Tendría gracia que al final después de tantos años de padecimientos la mala encima fuese yo. Pero, ¿sabes qué?... Que no me importa. Que me da igual. Me alegré al saberlo como hacía años que no me alegraba. Una catarsis de azúcar. Sí, señor. Un subidón hiperglucémico en toda regla. Ay, qué gusto. ¿Cómo se te ocurrió escapar a México después de aquella redada en el club? Salió en todos los periódicos y canales de televisión, y tú vas y huyes al país de los fugados por excelencia. Pero hijo, qué poco listo, que digo yo no te pensarías que podrías seguir haciendo majaderías por ahí a cuanta pobre mujer te encontraras ¿verdad?, prometiéndoles el oro y el moro a esas pobres desgraciadas. Ay, qué ilusas somos a veces las mujeres. Tan románticonas y tan tontas esperando que un príncipe azul en su corcel blanco venga a salvarnos de nuestras miserias y hasta de nosotras mismas, un Richard Gere al más puro estilo Pretty Woman. ¿Quién no quiso meterse puta después de ver aquella película? En fin, cuánto daño ha hecho el cine.

Nos conocimos por casualidad y de la manera más simple. El amigo del amigo. ¡Vaya par!... Me regalaste el oído como un verdadero profesional, y yo como una verdadera idiota me lo creí todo. Era joven y mona, y tú guapo y con dinero. Fuiste como un regalo después de la siesta, como una sorpresa inesperada. Cuando me di cuenta de tus artimañas y engaños era demasiado tarde. Ajedrez. ¡Vaya chorrada! ¿Se puede alguien inventar peor historia? Orgullosa te imaginaba participando en campeonatos de ajedrez por todo el

mundo. Campeonatos que aparentemente siempre ganabas y a los que por cierto nunca me dejabas ir. Ibas y venías como el Guadiana. No me gustaba quedarme sola tanto tiempo y yo también quería conocer mundo, pero siempre volvías con un fajo de billetes relucientes y cargado de regalos. Así conseguías que se me olvidaran los enfados, con joyas y pieles. Demasiado bien sabías que aquella táctica te funcionaba a la perfección. Me tratabas como a una reina y yo, por si acaso, no hacía preguntas. Pero, ay, un día las cosas empezaron a cambiar. Ya no era divertido vivir contigo. Se había acabado el cuento de hadas. Cada vez discutíamos más. Empezaste a viajar menos, el dinero empezó a escasear y con el tiempo volví a quedarme sola en casa para verte regresar cada vez de peor humor y cada vez más borracho apestando a perfume barato. Y así fue pasando el tiempo, no voy a decir la vida porque aquello ya no era vida. Un ingreso en el hospital con dos costillas rotas me hizo finalmente reaccionar. ¡Qué hijo de puta!... Y yo... ¡qué lenta de reflejos!

Las noches de insomnio en el hospital dieron su fruto. El portazo que di al salir de aquella casa en cuanto me dieron de alta hizo temblar los cimientos de todo el edificio. Salí de allí con lo puesto y con un dolor más físico que emocional. Con la nariz bien alta, a mí a chula no me iba a ganar nadie. Lo recuerdo como un día feliz por el portazo y por tu cara de idiota sin reaccionar. Mmmmm... como un placer prohibido al paladar... Qué bueno... Como algo que llevas esperando mucho tiempo y que cuando por fin llega lo saboreas muy despacio, deleitándote. No tardé en enterarme de tu doble vida. Los chismes e historias sobre ti me seguían llegando, siempre he pensado que habría que dar al arte del cotilleo el lugar que se merece como medio insustituible de comunicación social. Lo único que sabías del ajedrez era el color del tablero y justo justo, pero tenías labia. Oh, sí, qué labia tenías. Dabas muy bien el pego. Todos te creímos. En realidad no hacías nada de provecho. Te dedicabas a enredar y trapichear con todo lo que pudieras ya fueran mujeres, tabaco o bolsos de imitación... Daba igual. No tenías filtro ni escrúpulos. Sólo veías oportunidades de dinero fácil... Y fíjate por dónde que ni tu labia ni tu bonita cara te habían ayudado esta vez, chico listo, el juez me refiero.

Creo que me voy a abrir una botella de vino, aunque sea barato y voy a brindar por el magistrado en cuestión. Me ha caído simpático el tipo.

## AMANECE EN LONDRES

Ana Lorente Maestre

Juan estaba harto. Siempre lo mismo, en Londres no paraba de llover... Todos los días... Se levantaba y todo seguía gris... Se suponía que Bilbao también lo era, pero él recordaba su ciudad soleada, luminosa, alegre...

Aquel día se levantó pronto. Como siempre se duchó, desayunó rápidamente un café y una tostada con aceite de oliva, algo que nunca hacía cuando volvía a casa, pero que le parecía vital en Inglaterra, y se vistió para ir a la oficina. Cogió la gabardina, el paraguas y la cartera, salió de casa y tomó el metro.

Al llegar a la oficina, su compañera Mary le dijo que iba a presentarle a Kate, la chica que había venido a hacer unas prácticas en su departamento. Es verdad, lo había olvidado completamente... llegaba hoy la chica de prácticas... Cuando apareció Kate, a Juan se le iluminó Londres de repente. No solo era una chica guapa, sino que tenía algo especial, algo encantador. Tomaron un café los tres juntos y Juan estuvo en la gloria. Kate era simpática, ocurrente...

Sentado ya en su mesa, Juan no se podía concentrar... Londres le encantaba... Le apetecía correr en Hyde Park, saltar por el mercado de Covent Garden... A la hora de comer coincidió de nuevo con Mary y Kate en la salita de la oficina en la que se solían tomar un sándwich y un té, y le pareció el mejor restaurante del mundo... Hablando descubrió que Kate vivía cerca de su apartamento, y que además esa tarde venía una amiga a buscarla, así que decidieron volver juntos a casa esa tarde.

La tarde de Juan voló, se le ocurrían mil planes, le apetecían mil cosas... No consiguió avanzar ni un poquito el proyecto que tenía entre manos, pero... es que no podía... A la hora de salir, Kate le comentó que tenían que volver en metro, que su amiga no podía venir a buscarlos, ya que al salir de casa se le había ido el coche, un tema de frenos le había dicho y por suerte no había pasado nada... Decidieron tomar algo antes de coger el metro que a esas horas estaba insoportable.

Desde entonces Juan, se hace llamar James y Londres le parece la ciudad más soleada, más luminosa y más alegre del mundo.

## LA IMAGINACIÓN EN CADA SUSPIRO

Mercedes Menéndez Aguirre

Mientras María da los últimos toques a su maquillaje, Adela, su hija, juguetea dando volatines sobre la cama.

-Adela, cariño, no me estás ayudando. Necesito un poco de tranquilidad para terminar de arreglarme y tú no paras ni un momento. Siéntate aquí, a mi lado, y cuéntame alguno de tus bonitos cuentos. -Y la sienta en una esquina de la silla.

-Mamita no se me ocurre ningún cuento ahora mismo. Prefiero mirar lo preciosísima que te estás poniendo. ¿Alguna vez me vestiré y me maquillaré tan bonito como lo estás haciendo tú hoy? -dice con entusiasmo la niña.

María abraza a su hija y besa su pelo rojo y rizado. Recuerda lo que su madre le dijo la primera vez que la vio: "Esta niña será apasionada". Su madre, que siempre había puesto peros a sus decisiones, a sus relaciones, a todo lo que ella hacía, cuando le dijo que estaba embarazada, que no tenía intenciones de casarse ni siquiera de vivir con el padre y que no permitiría que él tomara decisiones sobre nada relacionado con el bebé, la sorprendió cuando le dijo: "Adelante hija mía, en mí tendrás siempre tu mejor aliada". Y desde entonces sus relaciones, antes tempestuosas, cambiaron por completo. Su madre acude siempre que la necesita y, además, parece como si estuviera preparada para salir en cuanto ella la llama. "Una madre intuye cuando sus hijos la necesitan" suele comentar.

Adela tiene una relación especial con su abuela. La llama por su nombre, Ana, y desde que tuvo apenas días la sigue con la mirada a todas partes. Algunas veces María incluso se ha sentido celosa de las confianzas que la pequeña hace a su abuela y no a ella, aunque enseguida lo olvida al ver su cara radiante al mirarla con esos ojazos verdes que le llenan de alegría el corazón.

-Mamita, cuando Juan venga a vivir con nosotras para siempre... ¿entrará cada noche a mi cuarto para desearme que duerma bien y que tenga dulces sueños y me besará en la boca fuerte fuerte como a ti? A mí me parece raro, que lo hace cuando pasa la noche aquí, pero yo no sé si los papás o los que se convierten en medio papás hacen siempre eso. Yo creía que solo los mayores lo hacían.

-¿Qué me estás contando Adela? No será uno de esos cuentos que te inventas con Ana ¿verdad?



-No mamita. Juan me suele decir que es porque me quiere muchísimo muchísimo, casi lo mismo que a ti, pero a mí de diferente manera. Claro, soy una niña y tu hija.

-¿Y que te hace cuando te desea las buenas noches, cariño? -María quiere mostrar calma aunque se da cuenta de que su barbilla se mueve y sus manos le tiemblan.

-Solo me besa fuerte fuertísimo en los labios y me acaricia la tripita, por encima del pijama y me dice que es para darme calorcito antes de dormir. Un día, en verano, quiso meter la mano debajo del camisón, pero la tenía muy fría y como mojada y no quise. Se enfadó un poquito, pero luego me sonrió y se marchó -le cuenta Adela con su voz suavecita.

-Adela, ¿sabes qué te digo?... Creo que hoy no tengo ganas de maquillarme más. Estoy guapa ya ¿verdad? Además igual en vez de casarme me voy contigo y con Ana a tomar una de esas copas de helado que ponen en el bar de la playa ¿Qué te parece? -Casi se le saltan las lágrimas.

-¿Vendrá también Juan? -pregunta Adela.

-¡Ni hablar! -María intenta no parecer enfadada-. Esta va a ser una fiesta de chicas, solo de chicas. ¿Me haces un favor, mi niña? Dile a la abuela que suba y yo, mientras, me pongo otra ropa más cómoda.

-Vale mamita. ¿Yo tengo que cambiarme? -La niña sale corriendo sin esperar la respuesta de su madre-. Ana, corre, sube que mamita quiere decirte algo estupendísimo. ¡Hay cambio de planes! -grita por el pasillo- ¡Me voy a poner las sandalias rojas!

María nota cómo toda ella tiembla y cómo las lágrimas corren por sus mejillas. No le importa que su madre las vea, pero su hija, ¡ni hablar! Comienza a quitarse el maquillaje. Su madre la encuentra en ese estado de catástrofe.

-¿Qué sucede María?... ¿Qué dice Adela que hay cambio de planes? Pero... ¿qué te pasa, cariño? -Ana se asusta al ver el aspecto de su hija al darse la vuelta.

-Mamá. -Y se abraza a su madre sin poder explicarse.

-Llora hasta que te tranquilices. ¡Unas buenas lágrimas limpian la mente y el corazón! -le dice mientras acaricia su espalda y le besa el pelo. María se siente reconfortada por ese abrazo y logra hablar con su madre. Le cuenta todo lo que le ha dicho Adela. Entonces comienza a recordar detalles, insignificantes la mayoría, y empieza a atar cabos-. Tranquila hija... ¡Nos hemos librado a tiempo! Esto déjalo en mis manos y no te preocupes más.

¡Este tipo no volverá a tocar a una niña y, si me salen bien los planes, a otra mujer tampoco! ¿Qué le has dicho a Adela que vamos a hacer? –la voz de Ana sale furiosa y contenida.

-Que nos vamos a comer un helado a la plaza. Sé que allí no se le ocurrirá buscarnos. ¡Es el lugar secreto mamita-hija! Nunca lo hemos compartido con él, nunca, ni un comentario siquiera. Lo convertiremos en el lugar secreto mamita-hija-Ana. ¿Te parece buena excusa? -María sabe que harán lo posible para que Adela lo pase tan bien que se olvide de la boda y del maldito Juan. Ellas tardarán un poco más en hacerlo.

Mientras María termina de cambiarse, Ana recoge el rastro de Juan en la casa, lo mete en varias bolsas de basura y lo deja en un rincón del garaje. “¡Cada uno lo que se merece!”, se dice mientras mira la basura arrinconada y se imagina la cara de ese tipejo cuando la novia no se presente en el Juzgado. Unas llamadas de teléfono avisan a quienes tienen que ser avisados de la suspensión de la boda, sin ninguna explicación innecesaria. Sabe lo que tiene que hacer mañana, tiene contactos donde se necesitan. Hoy pasará el día consolando a su hija y divirtiendo a su nieta ¡lo demás puede esperar!

## AVENTURA EN EL TREN

Txema Olleta Ormaetxebarria

Mirando la foto que sostengo en mis manos, los recuerdos de mi niñez afloran a mi cabeza. La imagen de mis padres con mis cuatro hermanos y yo frente a aquel viejo tren de vapor de la estación de Atxuri, me hace asomar una sonrisa recordando aquellos tiempos tan lejanos y llenos de una mezcla de incertidumbre y felicidad. Era toda una aventura, cuando llegaba el verano, coger las bolsas con la comida hecha en casa con el cariño de mi madre y recorrer la calle Ronda rumbo a la máquina del tiempo, como solía llamar mi padre a aquel tren desvencijado que, echando humo a borbotones, nos transportaba una vez al año al mundo mágico del castillo de Arteaga.

Aquel domingo era especial porque durante los meses anteriores había nacido mi quinto hermano y venía, por primera vez a este fantástico viaje. Acabábamos de entrar en la estación cuando el tren, soltando una bocanada de humo, hizo sonar el pitido que indicaba su inminente salida. Mi padre miró los billetes y corriendo nos encaminamos al vagón L.O.A. 3. Subimos y

enfilamos el pasillo. En la familia la jerarquía está bien identificada y el ser el segundo supone sentarte después del primero. Por eso miré con envidia a mi hermana mayor mientras se sentaba junto a la ventanilla. Ocupé mi asiento en el pasillo y me dispuse a observar a los demás pasajeros, mientras el tren soltando un nuevo silbido y dando un bote, arrancaba con un chirrido infernal que a mí me sonó a aventura.

Mi madre, sentada enfrente, tenía cara de preocupación y cuando se dio cuenta de que la estaba observando, cambió su rostro y me dedicó una enorme sonrisa y un guiño de complicidad. Mi padre estaba intentando poner orden entre los dos pequeños que no acababan de estarse quietos en los viejos asientos de madera. Mi tercera hermana, tercera porque nació año y medio después que yo, se sentaba en el asiento del otro lado del pasillo, junto al mío, y en el momento de arrancar el tren me cogió la mano como esperando que yo la protegiera.

En el resto del vagón la variedad de personajes era tal que me puse a disfrutar de cada uno de ellos. Tres filas más allá otra familia con dos niños, más o menos de mi edad, tenían el mismo problema con el pasillo y las ventanillas. Finalmente se sentaron y el pequeño, también segundo según observé, mirándome con los ojos entrecerrados me sacó la lengua. Le devolví la mirada con una sonrisa malévola y seguí recorriendo el vagón con la mirada. Dos mujeres con delantal y pañuelo que volvían a Gernika después de vender sus hortalizas en el Mercado de la Ribera, un grupo de chicos y chicas con sus mochilas que evidenciaba que iban a subir a algún monte y, por detrás de nosotros, otro grupo de jóvenes que con una guitarra llenaban el ambiente de alegría y fiesta.

El tren avanzaba lentamente soltando de vez en cuando un silbido que nos divertía a todos, convirtiendo el vagón en un espacio donde la confianza, aún siendo efímera durante el tiempo que duraba el viaje de cada cual, les hacía a los adultos contarse sus pequeños o grandes problemillas y a los pequeños olvidar por un momento esa mirada entrecerrada y la sacada de lengua, para compartir juegos. Es lo que tenía aquel tren viejo de madera, que estaba lleno de pedacitos de vida.

Llevábamos algo más de media hora de viaje cuando mi hermana, la tercera, pidió hacer pis. Los demás nos quedamos en silencio. Le miré a mi padre que se quedó dudando un momento.

-¿No puedes aguantar a que lleguemos? -le preguntó

-No -contestó mi hermana con terquedad.

Dudó un momento más y por fin se levantó y cogiéndola de la mano se dirigió al baño. ¡Aquello sí que era la leche! Aquel tren tenía en cada vagón una plataforma exterior que a mí me recordaba a los del oeste. Los baños estaban ahí, en la plataforma. Ir a ellos... ¡aquello sí que era aventura! Los vi a los dos desaparecer por la puerta del vagón y cerrarla tras de sí. De repente la oscuridad nos envolvió. El tren acababa de entrar en un túnel. Por un momento el tiempo pareció detenerse, aquel túnel se nos hizo eterno. Cuando por fin salió todos fijamos la mirada en la puerta del vagón, la de mi madre preocupada, la nuestra ansiosa. Por ella apareció mi hermana, con los ojos abiertos como platos y las mejillas arreboladas presas de la excitación, y mi padre, serio, pero con cara de haber pasado un pequeño apuro. El bullicio volvió al vagón mientras la cuadrilla de la guitarra volvía a entonar. Mi hermana nos contaba su aventura, exagerándola un poco, como corresponde, y mi padre le cogía la mano a mi madre para infundirle tranquilidad. Las dos aldeanas eran las únicas que no se habían inmutado, acostumbradas, sin duda, a aquella experiencia.

El tren seguía avanzando haciendo una parada cada cierto tiempo en función de los pueblos que recorría, mientras nuestros compañeros de viaje nos iban abandonando según llegaban a sus destinos. Finalmente, una hora después del incidente del baño, con un chirrido y un silbido final, el tren se detuvo en la estación de Arteaga. Nos bajamos emocionados y allí estaba el castillo, esperándonos. Mi padre cogió las bolsas de comida y ejerciendo de comandante de aquel ejército, como correspondía a su rango en la jerarquía familiar, nos dirigió hacia allí con intención de tomarlo al asalto.

El sonido de la bocina de un coche me devolvió a la realidad. El sol entraba a raudales por la ventana de mi habitación. Volví a mirar la foto, la guardé en la maleta y la cerré. En la calle ya me esperaba el taxi que me llevaría a la estación de Atxuri.

## **EL UNIVERSO EN UNA GOTA DE ROCÍO**

Charo Vázquez Alonso

Resbalabas por su pared acuosa y blanda colgándote de sus hilos internos y pegajosos, con su tono naranja y sus semillas blancas. Eras feliz y solo necesitabas un pequeño agujero para salir y volver a entrar de tu hogar

temporal, porque quizás tú no sepas que es temporal aunque para ti era tu universo. Pero eso lo sabía yo, que ayer paseando por mi huerto te vi nacer pequeño, muy blanco y revoltoso, tus hermanos vinieron luego, igualitos a ti, pero no me cayeron tan bien, solo pensaban en comer. Tú, sin embargo, salías por el agujero y cada minuto te alejabas un poco más. Esa curiosidad tuya te hizo diferente a mis ojos, me senté a observarte, ahora subías una pequeña piedra, luego te resbalabas por una hoja verde y fresca, le dabas un pequeño mordisco, ya está, nueva energía, avanzabas un poco más, descubías tú entorno y no podías parar. Te acerqué un palito cortado de un manzano próximo y tú te subiste intrépido y osado, quise depositarte sobre una manzana madura para tentarte con nuevas experiencias y para que tus sentidos inexpertos disfrutaran. Fue sublime como me miraste con esos minúsculos ojos agradecidos, mordisqueaste hasta conseguir saciarte, luego te volví a acercar a tu hogar. Reconociéndolo buscaste el calor interior, la noche te asustó y en sus blandas paredes dejaste posar tu blando cuerpo. Yo me fui con ganas de regresar por la mañana y así lo hice muy temprano, esperando tu despertar al día.

Era octubre, la mañana fresca y luminosa, y cuando sacaste tu pequeña cabeza quedaste atrapado en una gota de rocío que te arrastró en tobogán por la pared de mi última calabaza de la temporada, ya muy deteriorada y que en unas horas, por efecto del calor, pasaría a formar parte de la tierra, como tú. Yo solo la vigilaba para recoger sus semillas para mi próxima siembra, cuando me fijé en ti, traslúcido, insignificante, como esa gota de rocío en la que ahora te bañas, y solo podías vivir en tu universo naranja, el todo y la nada. Me vi reflejado en ti y no me sentí más grande ni más importante que tú, solo era la mano que deposita la semilla para que siga existiendo mi universo.

Seguía sentado, pensando, cuando un gorrión hambriento te atrapó con su pico y te alejó de mí, te dio una nueva oportunidad, volar; yo, sin embargo, sigo aquí, mi pequeño huerto me hace importante, soy grande para los pequeños y pequeño para los que no se fijarán nunca en mí, en este tan gran universo de los ciegos voluntarios.

## EL HOMBRE VERDE

Valentxu Torrientes Arauzo

En el momento en el que me he sentado frente a la ventana ha aparecido el hombre de verde. Se movía de un lado para otro sin que sus movimientos llevaran un orden determinado. Agarraba algo estrecho en sus manos, las cuales permanecían quietas delante de su cuerpo, surgiendo de ahí un torbellino de luz proyectado hacia el suelo. Nada hacía presagiar la experiencia siguiente.

-Por favor... ¿es usted un fantasma, señor narrador?... “Nada hacía presagiar la experiencia siguiente”... ¿De dónde ha sacado usted esa frase?... Tantos libros no le están haciendo nada bien.

-Es sintomático que me diga usted eso, señor de verde. Soy yo el que lo vi surgir de la columna como un fantasma, es usted el que no es de este mundo, así que haga el favor de callarse inmediatamente... Es sumamente agradable comprobar que le he pillado por sorpresa. Me reiría si mi oficio me lo permitiera. Los narradores debemos ser serios. Ha de saber usted que soy un profesional con muchos años de experiencia.

-Lo que es usted es un aburrido, señorrrr narrador. Si se saliera un poco, solo un poco de su papel, a todos nos iría mucho mejor. No se haga el ofendido, no le queda nada bien. Me voy.

Uno se va y el otro se calla ofendido.

Como nadie me va a presentar empiezo directamente. Soy un ojo derecho, estoy mirando muy de cerca una mano. En posición puño cerrado la piel presenta dibujo de serpiente, en posición estirada parece una sucesión de pequeñas dunas coronadas por una extraña y arrugada flor... No, no, esto no funciona. Querréis saber quién hace este comentario, no os lo puedo decir porque me miro al espejo y no me reconozco. Solo puedo hablaros del cielo, el cielo es grande y cuando todo lo de alrededor está borroso se agranda muchísimo más. En este cielo hasta los detalles son grandes. Me encontráis aquí, paseando y fijando mi vista en este cielo, porque esta mañana me ha ocurrido algo que ha trastocado mi decisión de no salir de casa. Todo ello después de haber llevado a cabo un experimento conmigo misma. Me he levantado y no me he puesto las gafas. Todo ha ido bien, incluso las risas han acompañado mis quehaceres, hasta que he decidido recoger los cubiertos para meterlos en el cajón... Entre ellos había un cuenco pequeño de cristal transparente y, sí, lo he desplazado sin verlo y se ha roto en tres partes.

Apesadumbrada, me he sentado en mi silla frente a la ventana. He visto al hombre de verde y he dejado todo en manos del narrador. Después he tenido que salir. En la calle la visión de lo que tenía a mi alrededor se asemejaba a como cuando en las películas difuminan una parte para destacar otra. Para mí todo estaba difuminado. Hasta que he mirado hacia arriba con la idea de calmarme y he experimentado una nueva sensación de grandeza. Y aquí me tenéis.

Sí, aquí la tenéis absorta al ver una nube en forma de dinosaurio delgado, tan absorta que casi se choca con un árbol. Se ha aposentado pegada al tronco... Imposible comunicaros qué está viendo... ¿Vosotros os lo podéis imaginar? Yo, como experimentado narrador, os puedo decir que la sonrisa que se ha instalado en su boca, en sus ojos, en su rostro, se parece a uno de esos hipnóticos amaneceres.

## HUMOR DE MAZACOTE

M<sup>a</sup> Ángeles Villanueva Moreno

Ya sé que ella opina que soy raro, que soy un maniático compulsivo porque tengo la manía, entre otras, de dar vueltas y más vueltas al botoncito de la cuerda de mi reloj como si quisiera que el tiempo corriese aunque sé que los relojes ahora son a pilas y van a su ritmo, como la vida, como las ideas, por disparatadas que las dos sean. Pero a mí solo me viene a la cabeza la frase tan tópica, por recurrente, de “a mi mujer no hay quien la entienda”, cómo voy a entenderla... ¿No es de lo más disparatado que mi mujer se empeñe en celebrar una fiesta de cumpleaños por todo lo alto para nuestro hijo que, pasado mañana, cumple 7 años? Treinta niños, cuarenta padres, comida porquería americana, bebidas refrescantes con burbujas a tope para los menores y alcohol diverso y a mogollón para adultos, payasos, juegos malabares y hasta un conjunto de música infantil. ¡Pero Ana, por favor, que son siete años no el triunfo del asalto a la Casa Blanca! Pues no, el raro soy yo, que no evoluciono, que me he quedado atascado... ¡Cómo no voy a tener el tic de la ruedita del reloj!... Gracias que no me dé por algo más fuerte, estilo abandonarlos o cargármelos o encerrarme en mi sótano y seguir con mi hobby de pintar un arco iris, pero no con los colores tradicionales de amarillo, verde, violeta ..., no, negro betún, marrón cagada de perro, gris de nubarrón, verde

de verdín resbaladizo, y ponerlo cuando lo acabe en la entrada de la oficina con unas luces de rayos láser que ilumine la palabra CABRONES y apunte a matar, y es que, sí, me echan el mes próximo y Ana no lo sabe y sigue emperrada con el fiestón con guirnaldas.

Hace apenas un mes todo nos iba “viento en popa”. Ana se había apuntado a unos bailes de samba y bachata que luego practicábamos en casa los sábados, y cansados y sudorosos acabábamos en la cama donde rematábamos la faena con una orgía de pasión y algún que otro acto de sado para animar el cotarro. El niño evolucionaba adecuadamente en el cole, nos crecía guapo inteligente y rubio, y en el trabajo por el mes de febrero me dieron el premio al mejor empleado de la temporada otoño-invierno con gratificación incluida de una cesta con picnic para disfrutarlo en un fin de semana familiar en una casa rural con jacuzzi y spa.

Pero esto es así, hoy todo bien y mañana al carajo. Todo empezó hace dos semanas cuando Andresito trajo un insuficiente en sicromotricidad aplicada. Nuestro sueño de gran deportista roto y el niño con un complejo de inútil que no hay manera de levantar ni leyéndole los cuentos chinos de Pablo Cohello. El lunes pasado en clase de baile Ana se torció un tobillo por lo que el sábado no pudimos practicar y no nos cansamos, ni sudamos, ni rematamos faena, ni orgía, ni sado, y para colmo este lunes me dicen que me echan del trabajo. Así es la vida, dura e impredecible.

¿Cómo le digo a Ana que no podemos permitirnos el cumple del niño? Por muchas bachatas que cante, hasta quince me sé, por mucho que intente hacerle el amor a ritmo de samba, por mucho que le explique que a pesar del insuficiente de Andresito en psicomotricidad aplicada puede llegar a ser un adulto normal, no lo entenderá. Por eso estoy en la cocina, preparando un chocolate caliente como el que me hacía mi mamá cada mañana hasta que me casé, y que Ana siempre se negó a hacérmelo porque odia a mi madre, odia a mi familia, odia todo lo mío... ¡Dios!... qué rara, y he comprado unos churros para acompañarlo porque todo tiene su vuelta de hoja y estoy seguro de que si consigo que se impregne del aroma y sabor del Chobil de mi infancia, será el inicio de un recomienzo de nuestra andadura, y cada vez que nos llevemos el churro a la boca mirándonos a los ojos, comprenderemos lo sencilla que es la vida si la eliminamos de todo problema adyacente.



## LIMERENCIA

Sergio Bilbao Sanz

Hola Sara:

Ya sé que hace mucho que no doy señales de vida. Vas a decir que soy un mal amigo. ¿Qué tal te van las cosas? ¿Qué tal el bebé? Yo ando un poco jodido, bueno, el caso es que ando bastante jodido y echo en falta nuestras charlas. Pensarás que solo te escribo para contarte mis problemas, pero es que llevo unas semanas que no puedo más y ya no sé qué hacer. No duermo, no como, no puedo concentrarme, hasta he ido a un psicólogo... Sí, como lo oyes. Yo no quería, pero fue un colega el que prácticamente me obligó a ir. Me dijo: "O llamas tú o llamo yo, pero no puedes seguir dando pena". Ya ves, así ando. Pero joder con el psicólogo.

¡Mira! El primer día llego a la cita y le cuento mi problema, que ahora mismo te explico. Resulta que hace como dos meses o así conocí una chica por Internet. Al principio solo chateábamos, pero el mes pasado decidimos quedar para tomar algo. Igual estoy haciéndome mayor, pero a mí esto del Internet me parece un coñazo. No sé cómo pudiste conocer a tu marido por ahí, pero bueno. Total, que le sigo contando al psicólogo mi aventura con la chica esta. Yo ya sabía que ella era diez años menor que yo, e iba con la expectativa de echar un casquete sin más. En ningún caso me esperaba que iba a llegar a sentirme como me estoy sintiendo ahora. No fue un flechazo instantáneo nada más verla, de esos que dice la gente. Fue un flechazo progresivo. Conforme iba hablando y la veía sonreír y moverse, yo me iba quedando cada vez más pillado, y más baboso con ella. Es que es tan bonita y adorable. Es como una reina elfa.

El caso es que nos despedimos ese día sin beso ni nada. Ni casquete, claro. Y esa fue la primera noche que ya no pude dormir. Todo esto se lo contaba asimismo al psicólogo, pero el tipo se limitaba simplemente a decir "uh-humm...". Cada cierto tiempo soltaba un "uh-humm...". Y después de veinte "uh-humm...", sin haber dicho nada más en toda la hora, me suelta: "Bueno, se nos ha acabado el tiempo. Le doy cita para la semana que viene. Son sesenta. Sesenta euros por veinte uh-humm..., pues me sale a tres euros el uh-humm. La próxima vez me los grabo en un archivo de audio y me los escucho en el móvil. En fin, fui indignadísimo donde mi colega a decirle que eso de la psicología era una patraña, pero me contestó que estas cosas requieren varias sesiones, y que tenía que darle un tiempo para que funcionase, que tuviera un

poco de fe. En definitiva, que no sé cómo pero me convenció para acudir una segunda vez.

Así que allí volví, esperando que esta vez dijera algo más que una simple sinfonía de uh-humm. Y le seguí contando mi problema, que da para rato. Para ese día, la chica y yo habíamos quedado una vez más que, por cierto, se llama Bernarda. Ya sé que no es un nombre bonito, pero es el que tiene. Y le conté que había pasado toda la semana mirando al móvil cada quince minutos como un adolescente para ver si me había escrito un whatsapp. Para colmo, en nuestra segunda cita me invitó a cenar a su casa. Solo que era yo el que tenía que llevar la cena ya preparada. Bueno, me curré una cena que flipas. ¿Te acuerdas del pavo relleno que he hecho alguna vez? Pues eso llevé, hasta compré un buen vinito y todo. Después de la cena, como vi que no se lanzaba, me lancé yo y le dije que me gustaba mucho, y... ¿sabes lo que me salta?... que está enamorada de otro, y que solo busca amigos. Por lo visto “el otro” se ha ido a vivir fuera y no quiere nada serio con ella. Así que, ni corto ni perezoso, le pregunté directamente al psicólogo: “¿A usted le parece normal invitar a un casi desconocido a cenar a casa cuando solo se busca amistad?”. Yo amigas ya tengo, por ejemplo tú, Sara. Pero... ¿quién busca amigos en un chat de ligoteo?... Bueno, ¿pues sabes lo que me responde el psicólogo?... “Uh-humm. Hábleme más de ello.” Que le hable más de ello. Miré el reloj y faltaban como unos veinte minutos para que terminara la sesión. O sea, era como decirme: “Entreténgame durante los próximos veinte minutos y después págueme.” Hay que joderse. Así que protesté y le pedí que me diera algún consejo. Que yo no podía seguir sin dormir, cada noche pensando en ella, todo el día pendiente de cuándo vamos a volver a quedar, y este sin vivir en el que me encuentro. Para mí es totalmente contradictorio que me rechace por un lado, pero que siga queriendo verme por el otro. Me mata estar en esta situación, y no puedo quitármela de la cabeza.

El psicólogo no solo no me dio ningún consejo, sino que cuando dejé de hablar se quedó callado como unos cinco minutos, que me parecieron como media hora. No te puedes hacer a la idea de lo que son cinco minutos de silencio delante de un psicólogo. Y, finalmente, cuando se digna a hablar, me dice que lo que tengo es limerencia. ¿Limerencia?... Vale, doctor, ya me encuentro mucho mejor sabiendo que lo mío tiene un nombre, ¿pero qué coño es limerencia? Todo digno y sin alterarse el psicólogo me explica que la limerencia es un subconjunto del trastorno obsesivo-compulsivo. “Uh-humm” le respondí, a ver si hablando en su idioma, nos podíamos comunicar mejor.

¡Pero cómo no lo había pensado antes! Ahora que sé que soy un puñetero subconjunto de otro trastorno, problema solucionado. Tócate los cojones con el señor psicólogo. Pero yo no me conformé con eso, me daba igual que se estuviese acabando la sesión, yo le insistí: “Bueno, ahora que ya tenemos perfectamente clasificado mi problema, ¿qué coño hago con ello?”... Y me dice que la única forma de resolver la limerencia es o consumarla o romper todo tipo de contacto con el objeto de limerencia.

¡Consumarla!... Qué más quisiera yo que consumir con Bernarda. Salí de allí jurando no volver nunca más. Pero, bueno, una cosa sensata sí que dijo y es que para quitarme esta obsesión que tengo con ella, no me quedaba más remedio que no volver a verla, ni contactar con ella bajo ningún concepto. Así que eliminé su número, la quité del facebook y borré todos sus mensajes y e-mails. Claro, el problema es que ella no había borrado mi número, y en los días siguientes me envió varios whatsapp a los que no respondí. Y aguanté como un estoico, aunque me moría de ganas por dentro. Pero yo aguanté y aguanté, hasta que una semana después me envía uno que pone: “No sé qué te pasa conmigo, pero si te molesto o algo, borro tu número y no te molesto más.” Ese mensaje fue la gota que colmó mi vaso de estoicismo. Además llevaba como tres semanas sin dormir ni comer bien, y uno en ese estado es débil y vulnerable. Así que la llamé por teléfono en ese mismo instante y estuvimos hablando como dos horas. Pero fue genial. En el fondo nos llevamos súper bien. Así que me volví a colar hasta las trancas. Una vez más, no pude dormir en toda la noche y le llamé a mi colega para desahogarme. Te puedes imaginar, ¿no? No sé cómo lo hizo, pero volvió a convencerme de que acudiera a terapia.

Así que allí estaba yo de nuevo, ojeroso y con cinco kilos menos, delante del señor uh-hu, contándole que no había sido capaz de resistir la tentación de hablar con ella y que de hecho habíamos comido juntos al día siguiente de llamarla. Pues hala... una sesión más donde solté otro extenso monólogo orquestado por sus monocordes uh-humm. ¿Pero qué coño tienen los psicólogos con ese sonido? ¿Es como un mantra mágico que hace hablar más al paciente? El tipo siguió en su tónica, uh-humm, uh-humm, uh-humm, y lo que único que me dijo al final fue ya el colmo. Me recomendó ver la película “Con tu nariz rota”, la del Quantotino. Ya sabes ese director pirado que hace esas películas tan jartas que no entiende ni su propio guionista. Por lo visto me había tocado un psicólogo cinéfilo.

No sé por qué le hice caso. Pero al día siguiente fui a ver la película. Me imagino que no la has visto, pero yo te la cuento. Va de un tipo al que le echan de su increíble y apasionante trabajo de vendedor de lavadoras, y se pasa toda la película detrás de una tía a la que acosa sin cesar. La tía intenta por todos los medios deshacerse de él, y como ve que no puede, al final cambia todos los muebles de su casa por lavadoras. Los sofás, las camas, las mesas y los armarios son todos lavadoras. Entonces le invita al tipo a su casa, y cuando este entra y ve todas las lavadoras, le da una especie de ataque epiléptico y acaba convulsionándose en el suelo, sacando espuma por la boca, entre espasmo y espasmo, y muere asfixiado.

Vamos si cree el psicólogo que puede compararme a mí, y el torbellino por el que estoy pasando, con el asqueroso ese y su patética vida, lo lleva claro. Que si no es porque el pirado del Quantotino ha hecho una peli sobre él, ese tipejo pasaría totalmente desapercibido en la vida real... Esta vez sí que no vuelvo más el psicólogo. Me la suda lo que opine mi amigo. El problema es que yo sigo igual de jodido. Así que dime, Sarita, ¿qué hago?... ¿Me alejo totalmente de esta tía para siempre, o sigo quedando con ella con la esperanza de que se olvide de ese tío y quizás se enamore de mí?

Por Dios, qué chapada te he metido, pero sé que tú me vas a entender. Llámame cuando puedas y quedamos.

Un abrazote,

Er Bitó.

## **LA TRUFA RUSA**

Dianela De Castro Gómez

Sobre la mesa varias botellas de vino abiertas y cinco vasos a medio llenar. El cenicero lleno a rebosar. En el centro, una fuente llena de trufas, probablemente de marihuana. Alrededor un grupo de hombres y mujeres relativamente jóvenes conversa animadamente. Lían sin parar cigarrillos de tabaco y hierba, y se los van pasando de mano en mano.

-Es un libro de lectura imprescindible, como cualquier clásico -dice en este momento el joven del pañuelo anudado al cuello-, pero para mí no fue especialmente revelador. No me impactó demasiado.

-¿Pero qué dices? -contesta la muchacha vestida de verde- ¡Es una puñetera obra maestra! El argumento es una trampa perfecta que desespera al lector y le hace enfrentarse a su vacío existencial...

-Volviendo al cine -le interrumpe la mujer con mirada de fuego- ¿Qué decís de “Un mantón tranquilo” de Esperanza Verdugo? ¡Esa sí que es una obra imprescindible!

-¡Por supuesto! -responde el joven del pañuelo anudado al cuello.

-¡Increíble! -añade la chica de la nariz prominente-. Verdugo es una directora genial, y “Un mantón tranquilo” es su mejor película.

-Yo no acabé de entender el final -objeta el tipo con sombrero de vaquero- aunque creo que eso es lo que Verdugo pretende. Desconcertar al espectador. Muy en la onda del tramontismo mexicano.

-Y luego está la estructura -prosigue emocionada la chica de la nariz prominente-, va más allá de los típicos flash backs posmodernistas. Creo que es posible formar la historia ordenándola de diferentes maneras. ¡Genial!

-¡Callaos! -grita la mujer con mirada de fuego dando un puñetazo sobre la mesa- sois unos intelectualoides pretenciosos y merecéis mi más profundo desprecio... -La joven se levanta y gira alrededor de la mesa mirando a los comensales uno por uno-. ¿“Un mantón tranquilo”? Y resulta que todos la habéis visto... ¿no? ¡Ja! Ni “Un mantón tranquilo” ni Esperanza Verdugo existen. Lo inventé para confirmar vuestra necedad. Sabía que diríais que la conocéis... Que si tramontismo mexicano, que si flash backs posmodernistas... Sois unos malditos egocéntricos que vais de modernitos... ¡Me dais asco! -Tras haber dado la vuelta entera a la mesa, la mujer con mirada de fuego se sienta bajo la atenta mirada de los jóvenes, que permanecen callados-. ¿Queréis dejaros de esnobismos y conocer el arte de verdad? No os preocupéis. Estáis a punto. Sin vuestro permiso he organizado un pequeño juego.- Aquí interrumpe su discurso para coger la última trufa de la bandeja-. Todos habéis probado las trufas, ¿verdad? ¿Os han gustado...? Pues me complace informaros de que en una de ellas, además de hierba, he inyectado una dosis letal de cianuro. Es decir, uno de nosotros está a punto de morir. ¿Qué os parece? ¿No os sentís excitados ante la llegada de la muerte, que es justo lo que queréis intentar evitar bajo vuestros disfraces de hippies bohemios?

Cuando ella termina de hablar, se hace el silencio. Los muchachos se revuelven en sus sillas. Tras pasar aproximadamente un minuto de tensa espera, la mujer con mirada de fuego se desploma sobre la mesa. Parece muerta.

-Pero... ¿sí la vimos, no? –dice la chica de la nariz prominente dirigiéndose al joven del pañuelo anudado al cuello.

-Sí... -responde él-, el verano pasado, en el cine forum. ¿Te has traído el i-pod?

-¡Claro! Lo comprobaremos.- La chica de la nariz prominente rebusca en su bolso-. ¡Aquí está! Veamos: Google, wikipedia... “Un mantón tranquilo”, 2007, México. Escrita y dirigida por Esperanza Verdugo. Película independiente con gran éxito de crítica... Estrenada en varios países...

-Bueno chicos –interrumpe el tipo con sombrero de vaquero-, ¿tomamos la penúltima en el bar de abajo?

-¡Claro! –responden los demás.

Y abandonan la estancia dejando la mesa llena de vasos, ceniceros y botellas..., y sobre aquella el cuerpo inerte de la mujer con mirada de fuego.

## **VEN A ENCHOCOLARTARTE Y OLVIDA EL COLESTEROL EN LA FIESTA DE LAS COMETAS**

Nilda Diarte Aguilera

Así anunciaban los carteles por todo el pueblo de Laredo la reedición del evento, prácticamente olvidado tanto por los visitantes como por los lugareños y completamente desconocido para los jóvenes y niños.

Si no conocen la playa de Laredo, les puedo decir que no hay acuerdo en el origen de su nombre. Algunos dicen que proviene del latín, “glaretum”, que significa “arenal”, “lugar de roca” o “larida”, también del latín que significa “gaviota”, o “lauritos” por la evidencia de bosques de laurel durante el Imperio romano, aunque se dice que vendría de la voz en euskera “larre on”, que quiere decir “prado bueno”. Su extensión es la mayor de la costa cantábrica, suman 8.150 kilómetros, aunque su mayor patrimonio es el viento, cuya dirección Norte y Noreste brinda posibilidades deportivas y recreativas para todos los gustos y edades. La velocidad puede llegar a 89 y hasta 102 kilómetros por hora.

Aprovechando dicha bendición para la zona y dada la depresión económica generalizada, a lo que debemos sumar algunos titulares poco edificantes de la política, un entusiasta natural aunque, también es verdad, que era el quinto o sexto bar que lo recibía, dijo que por qué no se volvía a

realizar “El Campeonato Cantábrico de Cometas Alegres”. “¿Cuál?”, preguntaron. Y como el personaje captó la atención de los del bar “El Sirenito” se entusiasmó tachándolos para empezar de escasa memoria, porque nadie, nadie, sabía de qué estaba hablando. Sin cuestionar demasiado, todos se animaron y se dirigieron a sus casas a recuperar sus antiguas cometas, algunos del baúl del coche, otros en el trastero, aplastados por otros objetos olvidados, y la mayoría a recorrer el pueblo a primera hora para hacerse con una. Hubo desconcierto por parte de las tiendas ya que también habían olvidado si tenían o no una cometa.

Con gran entusiasmo promovieron el campeonato, se organizó una feria con productos de la tierra, por supuesto, puestos de ventas de cometas, dulces; la más creativa de todas ofrecía meriendas infantiles a gusto de los participantes, como una vuelta a la infancia sin importar lo lejos que había quedado para algunos cada taza de chocolate o refresco de lo que fuera con la galleta o incluso pan untado con mantequilla con un poco de azúcar. Todo iría acompañado con un globo, eso sí, no se podía elegir el color, hilos de todos los colores y espesores y metrajes. Es cierto que no hubo acuerdo para la fecha elegida, que la Semana Santa propone un clima caprichoso, protestaban algunos, que justo algo que estaba generando tanto entusiasmo si no podría hacerse en el verano, otros, a los que el presidente espontáneo respondía que sería un problema pasar por arriba de los cuerpos expuestos al sol, que lo mejor era justamente que la playa estuviera despejada.

Llegó el esperado día, es verdad que sin sol, pero también sin lluvia. La suave brisa inquietó por unas horas a los organizadores, habían observado ansiosos las copas de los árboles desde sus ventanas y apenas se movían, para cerciorarse sacaban los brazos sujetando un pañuelo y, lo dicho, una suave brisa era todo lo que percibían; de todas maneras se dispuso en filas a los participantes y cada uno tenía derecho a un asistente, con una distancia reglamentaria de tres metros entre ellos, todos de espaldas al mar.

En el primer y segundo intento, cuando se dieron las señales con un cuerno de búfalo que alguien encontró vaya a saber dónde -les pareció muy oportuno usarlo para dar la idea de actividad tradicional-, todas las cometas cayeron desgarradas sobre la arena húmeda, sin embargo lo que aconteció después del tercer aviso es algo que nadie podrá olvidar. Los que no tenían experiencia alguna con el uso de la cometa estaban tan desconcertados como los que presumían a todas luces de haber hecho volar más de una. Tenían un carrete de hilo extra colgado del cinturón, algunos se habían puesto gafas de

sumergirse en el agua sosteniendo que con ellas no tenían necesidad de achicar la vista ante la aparición del esperado aunque incomodísimo sol o para protegerse del viento. En ese momento ocurrió algo inesperado y curioso, la competencia se modificó en que quien resistiera flameando en el aire o por el cansancio, hambre y hasta aburrimiento, se animara a soltarse del trozo de plástico o/y de madera que contenía el hilo para caer con todo su peso sobre la arena o como sucedió con decenas de participantes que elegían caer en el agua, aunque fría, a 13 grados estaba esa memorable mañana según el periódico, no se partieran una pierna de ninguna manera. Nunca falta un listo y propuso una apuesta, quién caía primero, quién último, que si en las dunas, que si en la arena. Vino gente de los pueblos vecinos, algunos botes chocaron con lanchas para ver el prodigio de cometas de dos, tres y cinco colores a medio metro del suelo, remontando a la gente por los aires, divertidas, qué digo, divertidísimas.

## **SOY MULTIPERSONALIDAD**

Maribel García Rodríguez

Maritxu, Mari, Toñín, Maribel, Isabel,... y alguna que otra personalidad más forman mi laberíntica forma de ser. Y hoy he decidido ser Begoña y os saludo.

Hola: Soy Begoña. Bego para todos. Tengo múltiples jaquecas que dirigen mi vida junto con mi compañero acupuntor, que también trata de orientarla, y ahora tengo la intención de contaros mi especial encuentro con una nueva forma de dormir, de soñar, de ver el mundo, de cambiarlo, de.... "Para, para, para... ¡Eh, tú!... Te aviso, estás alejándote de Bego de soñar, de ver el mundo... Estás "marileando"...Venga céntrate en Bego ¿Ok?". Pues os digo que comparto vida como mi preocupado acupuntor. Como, tomo y bebo lo que él me da: zumos de verduras crudas, legumbres fermentadas no transgénicas, aceites de primer prensado, me instalo activadores energéticos en el pabellón auditivo, orgonita con cuarzo en.... "Jodé, jodé, que al grano, al grano, que estás resultando más potro desbocado que el mismísimo Toñín ya que como él no sabes resumir que solo sumas, sumas y resumas frases y frases...". Que para el cumpleaños de mi compañero, el pasado 23, pensamos celebrarlo en un una escapada romántica de fin de semana y había "yo"



escogido Cigarrales del Bosque, hotel en el mismo Toledo. Primer día: 1 botella de cava en la habitación con vista al casco de la ciudad y bombones de bienvenida; día segundo: desayuno gran bufet... y bla, bla... Y a él, solo de todo el plan, le gustó la palabra BOSQUE, pero ¿Cigarrales?... Me dijo que mal nombre para un hotel... y que si bebíamos cava que mis famosas y casi siempre socorridas jaquecas y me dij... “So- so-so- so....para, para, para... ¿Quién es ese de tanto rintintín?... ¿eh?... ¿No me estará pareciendo que está ahí Maribel?... ¿No?... Venga no te disperses y sigue con Bego...”. Pues sí, anulamos la pre-reserva de Cigarrales y a través de la misma empresa Weekendesk reservamos hotel en Madrid y dos plazas en una conferencia de un científico especialista en la mecánica de los fluidos...que sería muy interesante y que nos ayudaría a solucionar de una vez por todas mis jaquecas, me prometió mi director de vida. Aunque me sentí manipulada, je,je, pues mi compi pensaba por los dos, no dije ni mú y solo pensé en que ya haría yo lo posible para no poder ir a ... pues ¿no había dicho de socorridas y famosas jaquecas? Pues esa sería la idea... ya llegaríamos a Madrid y sí, sería una buena... “Eh... no te escapes otra vez y sigue en Bego... no te lées”. En el trabajo el jueves 21 hablamos de los planes del “finde” entre Ana, Isabel y yo. Ana me preguntó por el “plan-cumpleaños de Pedro”, mi guía-mozo-acupuntor, y les dije que lo había reservado Pedro, que de mi primera idea con sorpresa en Toledo habíamos acabado en una habitación en Madrid y dos entradas para un taller donde un señor francés nos iba a enseñar a cómo dormir para ir en los sueños al futuro y arreglar el presente... Y Ana comentó que aunque parecía de magia potagia que si Pedro lo había decidido que sería algo serio. Yo no les comenté que tenía pensado boicotear el tema, e Isabel dijo que a ella eso de cambiar el futuro en sueños que ya le sonaba, que por una entrevista en BuenaFuente... Ana y yo nos miramos y nos dijimos sin palabras que qué raro que Isabel no supiera algo de algo... y ni la escuchamos. Isabel es compañera desde hace veinte años, vamos que desde siempre. Es animada, alegre, con gran memoria, muy activa, y... “Pero bueno, bueno, bueno... pero... ¿de qué vas? ¿Quién eres? Bego, no. Bego no piensa eso. ¡Bego piensa que Isabel es una petarda! Eso está claro. ¿No serás tú Isabel, no?”. Bueno pues os digo que a la mañana siguiente que era el viernes día de nuestra partida para Madrid, entré en el ordenador para comprar los billetes de Alsa... y me encontré en mi buzón un e-mail de Isabel que decía textualmente: “Id al minuto 11:36... <http://www.youtube.com/watch?v=yqdGDWZ6RIA...>” Miré el video y sí era ese el nombre del físico francés. Jopé con Isabel. No me

podía imaginar que ella estuviera en esa onda..., esa onda de tipo “Pedroguía”. Fuimos a Madrid y el viernes noche ni apliqué mi estrategia de jaquecas ni sentí la necesidad. Mi acupuntor y yo entre sábanas gruesas de algodón creamos una complicidad, pues yo ya sentía mi hierro protector fundido y una gran voz de mi interior emitía ondas sonoras de baja frecuencia susurrándome: “Di amén”. Fue una bonita celebración de su cincuenta cumpleaños. El sábado la conferencia tuvo gran afluencia de mujeres, algún hombre, mi acupuntor favorito cincuentón y yo. No entendí nada. El señor francés me pareció más joven de la edad que dijo que tenía... y... y a Pedro le encantó todo y se compró tres libros de él. El lunes 25 en el correo nada más llegar entré en mi correo y encontré un mensaje de Isabel... preguntando: ¿Qué tal el taller?... ¿Qué tal esa idea de que en sueños vamos al futuro, arreglamos lo que está mal y volvemos al presente? ¿Qué tal la teoría del desdoblamiento del tiempo?... ¿Entendiste la hiperincursión en las aperturas temporales de esos tiempos imperceptibles que andan transmitiendo información del futuro de un yo cuántico a un yo físico en el presente a través de los fluidos corporales en el sueño paradójico?... Cuando quieras lo hablamos... Besos Isabel... “¡Hostia, hostia con la Isabel!”, me dije... “Y tú ahora qué ¿eh? ¿Pintxe? Ahora no me dices “para, para, para que me alejo de Bego y que todo apunta a que soy Maritxu. ¿No me lo dices, eh?... ¿Qué pasa? ¿Te interesa el tema no? Pues eso a ti, entrometido PINTXE, lo mismo que a Bego y a todos los que estén interesados en arreglar la vida cuando queráis tengo quince folios listos para reenviar. Links <http://maestroviejo.wordpress.com/2012/11/26/la-teoria-del-desdoblamiento-del-tiempo-jean-pierre-garnier-malet/>”.

## TRES HORAS

Begoña Gómez Saiz

Veo tu aire al alejarte  
y el ritmo latino de tus pasos.  
¿Cómo vivir en tiempo yermo?  
Miro la hora,  
es siempre la misma hora.  
Iguales minutos pausados,  
penosos, pesados...

Te has llevado  
el baile fugaz de los martes,  
los veloces martinis  
del domingo,  
los suspiros del viernes  
por la tarde.  
Me has quitado el segundero  
que caminaba inexorable.

Y aquí estoy, dando cuerda  
a un reloj fijo  
pegado a la hora de tu ausencia;  
comprobando un teléfono  
que no suena,  
bebiendo un whisky  
que no emborracha.

Inmenso vacío que llenar  
con caricias precipitadas  
a un perro, al polen de las mimosas  
- amarillo diminuto en mi traje-,  
que recuerda  
otros ramos, otros colores  
y un aroma:  
el verde de tu pelo de recién lavada.

Mi reloj, de tanto darle cuerda  
para que el tiempo  
-que todo lo cura- me alivie,  
se rompa en el infinito transcurso  
que no pasa.  
Reviso mi cartera, canto y tarareo,  
leo periódicos  
que no leo.

Respiro, suspiro y medito,  
toco mis pantalones,  
vuelvo a planchar su raya.  
Pienso en telas, en sombreros,  
en gatos, en mendigos  
y en calabazas.

Vuelvo a comprobar  
el reloj quieto  
y le giro la cuerda, insistente;  
la cuerda de antemano rota  
que no entiende  
lentitudes de almas atormentadas,  
de pasados y futuros  
sino solo de presente.

Han pasado tres horas, tres horas;  
toda una vida.

## TATUAJE DE DRAGÓN

Arantza Jorge Quintana

Era noche cerrada. Debían ser las tres o las cuatro de la mañana y era incapaz de conciliar el sueño. Me levanté como un zombi y fui hacia la ventana. Me dejé caer en el viejo butacón de cuero y la miré detenidamente mientras dormía. Sus curvas perfectas, su respiración pausada. De vez en cuando emitía un gruñido suave, como si de un gatito se tratase. Entonces se revolvió entre las sábanas y volviendo a coger postura se dejaba otra vez llevar por un profundo sueño.

«El azar quiso que coincidiéramos en una fiesta a la que ninguno de los dos en realidad quería ir. Una de esas fiestas de gente bien, con la cartera a rebosar, pero el espíritu medio vacío. Su melena corta y negra dejaba entrever un tatuaje en su nuca desde el nacimiento del pelo hasta la última vértebra cervical. Era un pequeño dragón alado que parecía revolotear por su largo cuello. En aquel instante y sin ni tan siquiera haber visto su rostro, deseé ser

dragón. Observé curioso cómo bebía a sorbitos un cóctel de vivos colores mientras de una manera un tanto compulsiva devoraba unos pequeños canapés de calabaza gratinada con queso y miel, como si no hubiese más comida en toda la fiesta. Se dio entonces la vuelta y me miró inquisitiva.

«-Es por la vitamina A -había dicho ella como leyendo mi pensamiento y con la mayor naturalidad del mundo.

«-Y por el calcio, supongo -había completado yo.

«Arqueó una ceja y me miró sorprendida, como si mi respuesta la hubiese pillado desprevenida y rió divertida. Tenía la sonrisa más bonita que había visto nunca. Sus ojos pequeños y rasgados delataban algún antepasado oriental y sonreían al unísono. Se dedicaba a la música. Tocaba el violonchelo en una pequeña orquesta que se encontraba de gira en la ciudad por aquellos días. Mientras hablaba y me contaba sus viajes por el mundo, los lugares que había visitado y las gentes que había conocido, yo la observaba con detenimiento. Embelesado. Cada gesto, cada fación de su rostro...Seguimos hablando buena parte de la noche. La conversación fluía entre los dos ajena al bullicio de la fiesta. Las notas de las canciones iban y venían en una mezcla de estilos caprichosa y un tanto aleatoria. “Un mundo ideal, un mundo junto a ti...”, la letra de la canción de Disney se entremetió en la conversación. Nunca había estado en una fiesta en la que pusieran aquella canción, exceptuando los cumpleaños de mis sobrinos, pero de alguna manera vi una señal allí. Sí, en aquel momento, el mundo, mi pequeño mundo, era sin duda alguna ideal. Ella, era ideal.

«Sentí el deseo irrefrenable de pintarla. De plasmar en un lienzo e inmortalizar, si era posible, a aquella mujer y todo el idealismo que irradiaban ella y el momento que compartíamos. Como artista que yo era buscaba siempre la perfección, el ideal de la belleza en todo lo que se ponía en mi camino. Ya fuesen personas, animales o plantas. Edificios o montañas. La belleza estaba siempre ahí y yo siempre la encontraba. En realidad, ni siquiera era necesario buscarla, solo era cuestión de aprender a mirar con otros ojos. Pero sobre todas las cosas, estaba el ideal de belleza femenino, maternal y sensual, poderoso en toda su plenitud. Inconfundible e incomparable.

«No sé de dónde saqué el valor ni cómo tuve el atrevimiento, después de todo nos conocíamos de tan solo unas horas, pero le propuse pintarla aquella misma noche. No quería perder aquel momento y que se desvaneciese en la nada quedando con el tiempo reducido a un borroso recuerdo. Sorprendida me miró, frunció el ceño levemente y por un momento temí que rechazara mi

proposición y diese media vuelta. Sin embargo, al cabo de unos segundos eternos, su rostro se iluminó entusiasmado. Pasado el susto y la confusión inicial, accedió a posar para mí y aquella misma noche, una noche cualquiera, dos ánimas que llevaban vagando demasiado tiempo en soledad por fin se encontraron fundiéndose en un clímax de perfección y de belleza absoluta.

«Mientras la pintaba, las notas del mundo ideal de Disney volaron a mi cabeza y por segunda vez aquella noche supe que aquel era mi mundo ideal. El cuadro resultó ser fiel reflejo de aquella primera noche a la que seguirían muchas otras. Y aunque quizá inacabado, quizá imperfecto, lucía desde entonces con un sencillo marco en mi dormitorio.

Las sirenas lejanas de una ambulancia me devolvieron bruscamente a la realidad. Estaba amaneciendo y una suave luz iluminaba la estancia poco a poco. Levanté la vista despacio, como si en el fondo una parte de mi supiese lo que me iba a encontrar y quisiese retrasar el momento un poco más. Ahora la cama estaba vacía. Dolorosamente vacía y fría. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y todo mi esqueleto tembló. Había vuelto a suceder. Casi la podía tocar y volver a sentir, casi podía oler su perfume... sin embargo, allí no había nadie. Se había marchado un día sin saber por qué y de ella solo me quedaba ahora un cuadro abstracto en blanco y negro con el boceto de una mujer oriental que conocí alguna vez.

Me di cuenta entonces de que llevaba demasiado tiempo anclado en aquella mujer, en aquel cuadro... Sacudí la cabeza. Estaba cansado de todo aquello. Quizá era el momento de quitarse aquel disfraz absurdo y volver a salir al mundo. Esta vez con unas expectativas más humanas y menos divinas. Tal vez así podría encontrar por fin una mujer quizá menos perfecta, quizá menos ideal, pero que al despertar por la mañana al menos siguiese allí y no se desvaneciese con las primeras luces del día. Sí, quizá algún día la encontraría...

## **TAKO Y CELIA**

Ana Lorente Maestre

Tako Bajo y Celia Romero se conocían desde niños. Sus familias eran vecinas y sus madres muy amigas. Celia era la menor de tres hermanas. Su padre trabajaba en un banco, solía volver tarde del trabajo, y su madre andaba

siempre muy liada ya que se ocupaba de la casa, de las niñas, de sus tareas, de echarles un cable con los deberes...

Tako, dos años menor que Celia, era hijo único. Su padre, periodista, viajaba mucho. Su madre era artista y hacía esculturas de cerámica en el sótano de la casa. Vivían con dos perros enormes muy brutos y muy divertidos. Muchas tardes Celia iba a casa de Tako a jugar. Se lo pasaban estupendamente juntos, inventan historias, cuentos... Cuando hacía bueno sacaban a los perros de paseo y cuando hacía malo preparaban pasteles con la madre de Tako. Así fue, poco a poco, creciendo durante años la amistad de Celia y Tako.

Un día, a poco de cumplir Celia trece años, su padre volvió un día a casa anunciando que le habían propuesto un ascenso en el banco y que pasaría a ser jefe de sucursal, pero para ello deberían dejar la capital y marchar a vivir a Soria... Aquel día Celia llegó llorando a casa de Tako.

-Tako, que nos marchamos de Madrid, que trasladan a mi padre a una oficina en Soria.

-Celia, tranquila... -le decía Tako intentando no llorar él también ante semejante noticia.

Decidieron que, pese a la distancia, seguirían siendo los mejores amigos y que no iban a perder el contacto, y quedaron en escribirse una carta todos los días para ponerse al día de todo lo que les pasaba. Así Celia le contó sus primeros días en el nuevo instituto, sus esfuerzos para hacerse amigos, le habló de aquel chico tan guapo de su clase, Juanjo... También le comunicaba su morriña de Madrid y de sus tardes juntos. Tako seguía contándole cómo le iba la vida en la capital, le hablaba de sus amigos, de sus primeras escapadas por los bares de Madrid, de las primeras borracheras... También le contó que había empezado a tocar la guitarra con un chico que había conocido paseando a los perros y que había puesto música a algunos de los textos que habían escrito juntos. Celia le fue desgranando más datos de Juanjo y de cómo desde que habían coincidido en una práctica en clase de física, en la que no habían parado de reírse juntos, no habían vuelto a separarse...

Durante los primeros años siguieron escribiéndose mucho, pero poco a poco dejaron de hacerlo y no supieron nada el uno del otro. Tako solo sabía, porque se lo había contado su madre, que Celia había ido a Salamanca con Juanjo a estudiar la carrera de Medicina, por eso cuando aquella tarde de lluvia Tako descubrió en aquel jardín japonés con aquellos sorprendentes árboles lilas que

la chica que llevaba el paraguas rojo era su amiga Celia, se llevó una alegría tremenda.

-Celia... ¿eres tú?

-Tako... ¡No me lo puedo creer! ¡Qué alegría!... ¿Tienes tiempo?... ¿Nos tomamos una cerveza?... Bueno, pero... ¿qué te has hecho en el pelo? ¿Y estas rastas?

-Ya ves, debe ser la edad, que no me quiero hacer mayor y, bueno, en Bellas Artes no es tan original esto del pelo azul. Deberías ver a la gente de mi clase. Venga vamos a ese bar de la esquina y te invito que aquí nos mojamos.

Y así gracias a aquella tarde lluviosa descubrieron lo mucho que se echaban de menos, lo mucho que sus vidas habían cambiado. Celia le confesó que Juanjo había dejado Medicina por Derecho, y a ella por una compañera de la facultad. Lo duro que había sido aquello, pero también lo satisfecha que estaba de haber acabado Medicina, y también le contó que había acabado la especialidad de Cardiología y que andaba de prácticas en La Paz y que solo llevaba un par de semanas en Madrid, y que estaba feliz por haberle encontrado. Prometieron no perderse de vista, se intercambiaron los teléfonos móviles y los e-mails, y desde entonces no se han separado.

Ahora están mirando un piso para compartir en Malasaña y el fin de semana se quieren acercar a la perrera para localizar dos perros bien grandes y divertidos.

## YO TE MENTÍ

Mercedes Menéndez Aguirre

Me has mirado con cara de extrañeza cuando te he confesado la verdad. Esta primera y última discusión nos ha llevado al límite y nos hemos dicho de todo, nos hemos echado en cara hasta la cucharilla de más que hemos metido en el lavavajillas, hasta el minuto ese que tardé en apagar el despertador el día aquel que debía salir de casa a las cinco de la mañana, hasta el día en que estuviste más tiempo en el cuarto de baño y llegué tarde al trabajo. ¡Estupideces! Y todo ese mal rollo se traduce en algo que siempre tenía entre los labios, pero que no me decidía a decir: "Te mentí cuando te dije te quiero".

No es que esté obsesionada con el tema de enamorarme hasta las trancas y de perder la cabeza por amor y todas esas mandangas, solo que creo que el



amor ese que te llena el corazón y la mente no lo sentiré contigo, ni ahora ni nunca, y no es bueno engañarse en los temas que van más allá de lo racional porque de una cosa estoy segura: el enamorarse forma parte de lo irracional, de lo incontrolable, de la aventura. Es como guardar la mente en el fondo de un baúl y dejar que salga el corazón de la caja torácica para airearse, para que le dé el sol anaranjado del atardecer, el que más me seduce.

Es verdad que estaba a gusto contigo. Eres un buen amante y un cocinero estupendo, eres ordenado y limpio, eres puntual y educado, eres culto e inteligente, me haces reír y me has sorprendido llevándome a lugares exóticos de vacaciones. En fin, lo dicho, estaba a gusto contigo. No habíamos discutido nunca en el tiempo que llevábamos juntos. Tú eres generoso, lo reconozco y a mí me gusta poco la confrontación cotidiana y, en general, nos hemos dado bastante espacio: tú con tu gente y yo con la mía y, a poder ser, no mezclarlas. Apenas tenemos amigos en común, apenas conocemos la vida del otro fuera de las paredes de la casa, y dentro estamos poco tiempo. Visto desde fuera parece que somos compañeros de piso, pero compartiendo habitación y cama. Visto desde dentro, amantes de fin de semana sin otro lazo en común.

¿Como hemos llegado hasta aquí?... ¿Cómo hemos durado tanto?... Por comodidad. Estaba bien llegar a casa y notar calorcito humano, poder comentar las noticias de la tele, algunos, es verdad que más bien pocos, de los acontecimientos de nuestra vida fuera de casa. Estaba bien cocinar para dos en vez de para uno y así comer equilibrado y sano y no tirar de bocata o precocinado. Estaba bien pasarnos los libros que nos gustaban aunque luego los colocábamos en estanterías diferentes. Con la música no conseguimos llegar a un acuerdo.

Tengo que confesar que has sido un buen compañero y que te tengo cierto cariño, que te echaré de menos cuando me quiera acurrucar en brazos de alguien en las noches de cansancio y frío, que me has dado placer del bueno, que me va a ser difícil mantener esta casa yo sola. También tengo que confesar que me gusta la idea de tener los armarios solo para mí, de no compartir el ordenador, de escuchar cuando quiera mi música favorita, de no encontrarme la tapa del water levantada o el tapón del gel sin enroscar.

Tu espantada en plan hombre dolido y engañado me ha resultado un poco teatral, pero ha tenido su punto, sobre todo eso de “pues yo sí te he querido, y mucho y, además, me costará mucho olvidarte”, que me has soltado al salir de casa con tus dos maletas grandes hasta los topes y una gran caja con la vajilla heredada de tu abuela.

## VARIACIONES DE ESTILO

Txema Olleta Ormaechebarria

### LA RUEDA MALDITA I

Era una noche oscura y lúgubre. Durante más de tres largas horas diseccioné las piezas del reloj como si de mi alma se tratara. Miré la esfera tenebrosa en cuyo cristal se reflejaba la luna llena y comprobé que, pese a todo, seguía funcionando. Con dedos nerviosos hice saltar la cuerda en un intento desesperado por acallararlo. Sacudí unas motas negras que parecían bailar en mi traje, empecé a sudar debajo de mi sombrero de fieltro, revisé nerviosamente los papeles de mi cartera de piel negra y empecé a pasear nerviosamente por la estancia tarareando canciones de Brahms. “¡Puedo hacerlo!... ¡Puedo hacerlo!”, me decía a mí mismo mientras ojeaba tres periódicos con la mirada perdida sin enterarme de nada. Entonces se me quedó la mente en blanco del pavor que me invadía, mientras las arrugas de mi pantalón parecían cobrar vida.

Un perro con los ojos inyectados en sangre asomó la cabeza desde la puerta y me percaté de que iba acompañado por un parroquiano bastante mal encarado. Mientras este me miraba con una sonrisa sardónica, aquel tictac comenzó de nuevo a resonar en mi cabeza. Volví a coger el reloj y empecé a girar de nuevo la rueda de la cuerda para pararlo y con horror comprobé que el reloj estaba destripado en mi mano y que aquella maldita ruedita, al igual que yo, no tendría inconveniente en seguir girando eternamente.

### LA RUEDA INFINITA II

Durante tres bellas horas llenas de colorido estuve contando impaciente los minutos que me quedaban hasta ver salir el arco iris desde la ventana. Hacía dos días que había llegado y esperaba ser testigo de un milagro. Volví a coger el reloj con la esfera verde turquesa, el cristal de una transparencia cristalina que dejaba ver las agujas de color violeta, mientras mis dedos giraban la ruedita de la cuerda hasta que hizo un movimiento saltarín. Sacudí unas motitas diminutas de mi traje azul oscuro, sacudí otras de mi sombrero de fieltro que me daba un aire alegre, revisé dieciocho veces los papeles de mi cartera agua marina, tararé alegre las canciones que me surgían de la niñez.

Leí las revistas que había encima de la mesa llenas de reportajes de aventuras y fotos de cataratas multicolores. Mi mente se llenó de esperanza varias veces mientras estiraba las arrugas de mi pantalón a rayas multicolores pensando: “¡Hoy sí lo verás!... ¡Hoy sí lo verás!” ...

Un perro se acercó juguetón moviendo su colita, y su dueño, colocado a su derecha, me ofreció una jarra de té verde. Volví a coger el reloj y vi que se había parado. Intenté darle cuerda pero la ruedita se había roto. Entonces lo vi, un hermoso y espectacular arcoíris surgió de mi reloj de muñeca y se alzó hacia el cielo azul clarito. Entonces comprendí que no me importaba que la ruedita diera vueltas durante un año entero.

## JAQUE MATE

Charo Vázquez Alonso

“Redondez extraña de surrealista dulzura”, comentábamos sorprendidos y mirábamos todos hacía arriba, y no podíamos creer que la luna que veíamos estuviera hecha de merengue caramelizado y flotara entre nubes de algodón de azúcar y estrellas de hojaldre incrustadas en tocino de cielo.

Aquella exposición nos estaba sorprendiendo a todos. Seguimos caminando mientras observábamos los detalles de los árboles de un parque, hechos de chocolate negro y cubiertos de nieve hecha con azúcar glaseado y con cómodos bancos de brazo de gitano rellenos de crema, con niños sentados hechos de caramelos de colores y sabores variados, y un pueblo con casas de trufas rellenas de nata y coches de canutillo con ruedas de palmeras integrales y caminos de pastel de San Marcos con piedras de almendras troceadas y tostadas, que incitaban a andar de puntillas con alpargatas de nata en nuestros pies de visitantes cansados.

Los aromas que allí se respiraban nos hacían sentirnos embriagados y empapados como individuales pasteles borrachos, rellenos de crema dulce y blanda, flotando y formando nubes de otoño parduscas para ser nosotros mismos parte del espectáculo. Luego nos desplazamos a otra sala, titulada “Juegos de la vida” y allí estaba un sorprendente ajedrez formado por un gran tablero hecho de milhojas de chocolate relleno de crema pastelera con todas sus piezas majestuosas y bien moldeadas, las de chocolate blanco a un lado y todas las de chocolate negro al otro, bien organizado para dar comienzo al

juego. Alguien por la parte de atrás del grupo exclamó desafiante y sin poder contener su excitado paladar lascivo:

-¡Reto a todos a una partida en la que el ganador pueda satisfacerse probando y saboreando como premio este apetecible ajedrez.

- No corras chulito -contestó alguien.- Y después... ¿qué nos pedirás?... Nuestra tierra, hecha de turrón de guirlache, con sus figuritas de mazapán expuesta en el siguiente sector.

- No -respondió este-, no podría, odio el turrón como también la Navidad.

Entonces dio comienzo el juego de común acuerdo. Movimos pieza primero, fueron cayendo los peones, los suyos que eran blancos y exquisitos, y movió pieza él, cayendo los nuestros de chocolate negro; continuamos con los alfiles, caballos y torres, mano a mano, sin piedad con las damas que estaban rellenas de jugoso licor, cuando se produjo el inevitable "Jaque Mate". Ni el Rey fue perdonado. Todos caímos rendidos a la sutileza aromática de aquel extrafino chocolate al contacto de nuestros dedos imantados por él. Nos lo fuimos llevando a la boca, primero sus figuras sublimes y aromáticas, luego, el curioso tablero de milhojas y crema, pedazo a pedazo y exclamando con pasión: "Entre tus láminas me pierdo saboreando tu dulzura. Cruje el chocolate, roto en mi boca... Aquí nos rendimos todos los chulitos.

## **LA MUJER DE LA FRESA**

Valentxu Torrientes Arauzo

Son las cuatro menos cuarto de la tarde. El edificio guarda silencio, ningún ruido de tuberías, ni de puertas que se abren o se cierran, hasta los ruidos del ascensor están desaparecidos. El aire ha sucumbido absorbido por los poros de las paredes. Hay un solo olor, un olor a vacío. Si cualquier persona saliera ahora a cualquiera de los rellanos tendría que pegarse a la pared para respirar. Y ese vacío existente podría llevarles a un espacio que no les pertenece.

En el interior de las casas la vida continúa. Los inquilinos se mueven ajenos a las historias en las escaleras. En sus cocinas todo funciona a la perfección: el horno cocina, los grifos sueltan agua, los tenedores atrapan la comida... al menos eso es lo que parece.

En la despensa de la mujer que habita en el cuarto piso, no hay nada, nada que me guste. A ella parece no importarle. Sigue sentada comiéndose una fresa con la lentitud de quien nunca tendrá arrugas en la comisura de la boca por masticar. Yo quiero comer un bocadillo de leche condensada, cocinada al baño María. Aquí no lo voy a conseguir. Le daré una oportunidad al inquilino del piso de abajo, ayer me pareció que temblaba al sentarme en la encimera de su cocina. Tuve que irme antes de tiempo, hay algo perturbador en esa casa.

En la vivienda situada bajo la de la mujer que come una fresa, hoy, ese hombre degusta un plato de arroz con miel. Sé que aquí tengo posibilidades. En una de las puertas de uno de los armarios despenseros hay dibujada una palabra que hace que todo lo demás deje de tener interés para mí. Una palabra de seis letras: DULCES. Me surge una pregunta al ritmo de la lluvia golpeando uno de los cristales del balcón de su cocina. Me pasa cada vez que veo que mi cuerpo huele esa palabra: “¿Cuántas personas son necesarias si se quiere hacer una fiesta?”. No admito otra respuesta que no sea: UNA. A estas alturas de mi existencia disfrutar una fiesta de dulces significa ver a una persona comer y relamerse con chocolate con pan, pasteles, bocadillo de mantequilla con azúcar, jarabe de caramelo...

Los golpes en el cristal son cada vez más fuertes, me han distraído, más parece una tormenta. No, no es la lluvia. Es la vecina del cuarto piso aún con la fresa en la mano. Está ahí, afuera en el balcón, calada hasta los huesos. Ella me ve, no hay duda. El hombre, que en este momento está bebiendo una humeante taza de chocolate, solo ve con sus ojos la lluvia, es lo único que perciben sus sentidos. La historia es de ella.

Sigo aquí, en la cocina del hombre de los DULCES, mientras la mujer de la fresa en la mano sigue golpeando uno de los cristales de la puerta del balcón. Es ella la que lleva consigo un elemento perturbador. Sé cómo debo actuar. No puedo hacer desaparecer la fresa, sí puedo convertirla en una rebanada de miel con azúcar. A partir de ese momento el hombre del chocolate sí puede ver, sí puede oler ese dulzor pringoso que ya siente que se le escurre por la comisura de los labios. De ahí su Línea de Pensamiento le lleva a recordar unas manos suaves con uñas color rojo acariciando su cuello, luego un día de lluvia en Londres a punto de besar a la mujer que ahora está, ahí mismo, al alcance de su mano de chocolate, solo con abrir la puerta del balcón de su cocina.

Mi misión ha acabado.

Esta certeza de pensamiento me desplaza hacia abajo, a la cocina del segundo piso. Me veo sentada en una silla confortable, apoyadas las manos en la mesa de la cocina donde dos rebanadas de pan en un plato esperan a que un bote de leche condensada llegue a su perfecto punto de cocción, marcado, como siempre, por la dulce sonrisa que le aparece a mi madre en su rostro. Ella sabe lo feliz que voy a estar comiéndome ese bocadillo. Yo sé lo feliz que era allí con ella, esperando. No tengo prisa, ninguna prisa. Mi boca se abre, una viajera llamada lengua hace su aparición.

## LA BELLA DURMIENTE

M<sup>a</sup> Ángeles Villanueva Moreno

-Me caso –anunció Aurora nada más entrar el lunes en la oficina.

Sus cuatro compañeras la miraron al unísono

-¿Casarte?... ¿Estás loca?... Qué suerte... ¿pero tienes novio? –dijo una de ellas.

-Felipe, el adonis de la sección de informática, me ha dicho que está loco por mí, que le gusto, que me desea, que quiere estar conmigo toda la vida. Me casaré a lo grande y vosotras, mis amigas, seréis mis damas de honor

-Qué bonito -suspiró Flora.

-Qué suerte -siguió Fonsina.

-Qué bragetazo -exclamó Primi-.Te regalaremos una lavadora o una aspiradora... o mejor una supersecadora.

Y empezaron a hacer una lista de prácticos regalos para un ama de casa perfecta en un hogar perfecto.

-Yo no participo en semejante timo -suspiró negando con la cabeza Malú mientras se subía a una silla para guardar un archivador.

Todas la miraron. “¿Por qué?”, preguntaron, “¿Por qué?”...

-Sí, Felipe es un príncipe, sueño de todas las chicas del departamento. Pero me ha escogido a mí -gritó Aurora levantando el dedo-. Felipe está loco por mí, me desea, cada vez que está conmigo me dice cariñosamente “qué buena estás Aurora”.

-Pero... ¿no veis que falta algo? El príncipe ni una vez ha usado la palabra amor... Y ¿tú? ...¿Le quieres?... ¿Estás enamorada? -siguió la aguafiestas de Malú bajándose de la silla después de guardar el archivador

-¡Qué bobadas! -dijo Aurora quitándose sus zapatos de 15 centímetros de tacón que la estaban matando-. Cómo no voy a querer a uno que quiere tantas cosas de mí... Yo con eso y con seguirle, cuidarle, mimarle y entregarme ya tengo suficiente. ¿Te parece poco amor?

Todas se pusieron a hablar a la vez y a dar opiniones sin hacerse caso las unas a las otras, y nada arreglaron... Y, claro, Aurora se casó con su Felipe. Y todo fue bien al principio. Felipe la deseaba y ella era su media naranja aunque era él quien sacaba el jugo de la naranja entera. Pero todo empezó a ir mal el día en que Malú se lo encontró en un club de dudosa reputación y mezcla de géneros, dándose el lote con una dieciochera rubia de minifalda roja.

No quedó más remedio que decírselo a Aurora que lloró inconsolablemente mientras Prime clamaba: “¡Hijo de puta!...”; Fonsina mordiendo el labio inferior susurraba: “Hombres...”; y Malú meneando la cabeza como siempre les decía: “Os lo había dicho, que no era de fiar el príncipe azul Felipe ese”. Aurora furiosa se tiró encima de Malú y, si no llega a ser por las otras que la separaron, es posible que le hubiera arrancado ese pelo en punta de colores variados e incalificables.

-Cállate tú, Felipe es mío, Felipe me quiere, mentirosa, envidiosa, tú no sabes nada, feminista borrokalari de mierda que tanto predicas y en el fondo lo único que buscas es un Felipe como el mío que te eche unos cuantos polvos gloriosos.

Y todas se callaron y nada se arregló. Aurora entró en estado de shock, quedó quieta, adormecida en su sofá, en la oficina, en el día a día, andando como zombi por la vida siempre en alerta esperando a despertar cuando su príncipe amoroso viniese a rescatarla, a darle un beso, a decirle que todo fue un mal momento, que la querría por los siglos de los siglos a ella solo a ella, que le prometía pasar la aspiradora todos los sábados y prepararle el desayuno los domingos y, sobre todo, le daría miles y miles noches de ensueño, que serían felices y comerían perdices...

Pero esto no es un cuento, es mi relato y no sé... dudo. Tal vez Aurora despierte y se supere a sí misma y termine mandando a tomar por el culo al Felipe, tome las riendas de su vida, ya que hay más Felipes en el mundo que hongos bajos los hayedos, y acabe siendo una naranja entera e indivisible. O tal vez siga, como muchas, dormida saltando de consulta de siquiatra con pildoritas a cursos de autoayuda para llenar su gran agujero de autoestima y su que “habré hecho yo para merecer esto” o tal vez...





## ÍNDICE

<b>Sergio Bilbao Sanz</b>	
Vientos del norte	9
Limerencia	31
<b>Dianela De Castro Gómez</b>	
Cómo ser intrépido en Nochebuena	12
La trufa rusa	34
<b>Nilda Diarte Aguilera</b>	
Suspiros de buena noche	14
Ven a chocolatear y olvida el colesterol en la fiesta de las cometas	36
<b>Maribel García Rodríguez</b>	
Seti	16
Soy multipersonalidad	38
<b>Begoña Gómez Saiz</b>	
Los sonetos nunca tuvieron catorce sílabas	17
Tres horas	40
<b>Arantza Jorge Quintana</b>	
El portazo	19
Tatuaje de Dragón	42
<b>Ana Lorente Maestre</b>	
Amanece en Londres	21
Tako y Celia	44
<b>Mercedes Menéndez Aguirre</b>	
La imaginación en cada suspiro	22
Yo te mentí	46

<b>Txema Olleta Ormaetxebarria</b>	
Aventura en el tren	24
Variaciones de estilo	48
<b>Valentxu Torrientes Arauzo</b>	
El hombre verde	26
La mujer de fresa	49
<b>Charo Vázquez Alonso</b>	
El universo en una gota de rocío	28
Jaque mate	50
<b>M<sup>a</sup> Ángeles Villanueva Moreno</b>	
Humor de mazacote	29
La bella durmiente	52



